

# Así comienza la vida

Consuelo Mondragón Sólomon

# I

...Y cuando había decidido que más vale un morir honesto  
que un vivir sin razón,  
surgiste tú y me diste el único porqué de mi vida.  
Por eso te dedico este libro.

¡Y el momento deseado llegó! ¿Deseado? ¿Por qué? ¿Para quién?... En fin, que el momento llegó. Sonó la primera de las doce campanadas que anunciaba el albor del Año Nuevo y las demás se confundieron con gritos, música, burbujeo de champaña y carcajadas. No presentí ni por un momento que aquellas campanadas fuesen como una llamada de atención del destino. Miré a mi alrededor y sólo pude entrever, entre la maraña de las serpentinas, el humo de los cigarrillos y los llamativos globos de múltiples formas y colores, un gesto unánime de felicidad. Risas, risas y más risas. Parejas que se abrazaban con ternura; parejas que se miraban a los ojos y levantaban su copa brindando en silencio.

Yo había tomado algo más de lo debido. Lo suficiente para que ese momento no me encontrara en mi juicio y poder reír al igual que aquellos que, fingida o realmente, reían. Yo también reía, co-reada por mi ya famosa corte de admiradores... Los observé a través de la copa llena de champaña que tenía en mi mano. Reían a carcajadas todos. ¿Todos? No, no todos. Gilberto me veía también a través de su copa, pero seriamente. Me observaba con mirada inquisitiva y tierna. Instintivamente surgió en mí, ante aquella mirada, ese sentimiento de defensa que durante tantos años me ha acompañado y deseé herirlo. Solté una carcajada frenética y, subiéndome encima de una mesa, vacié mi copa sobre uno de mis amigos, el que se hallaba más cerca.

—Yo te bautizo —dije ceremoniosamente—, te bautizo en nombre de este maravilloso año que empieza...

Las carcajadas de los demás corearon mi atrevimiento, y mientras mi inocente víctima se sacudía resignado la champaña de su ropa, yo lo miraba orgullosa y altanera. De repente alguien comentó en voz alta:

—Un año más...

Todos nos volvimos asombrados e irónicos ante aquel desahogo emocional. Era una de mis amigas. Había tomado del triste. Lloraba melancólicamente, recostada sobre el hombro de otro de mis amigos y volvía a murmurar con insistencia:

—¡Un año más!... ¡Un año más!

Entonces surgió mi eterno diálogo conmigo misma. Era un hábito que había adquirido desde muy pequeña y que aún no había podido corregir. Al principio fue algo grato, fragüé la idea de que dentro de mí había dos personas, y a una de ellas, a la que no era yo, a la que siempre me llevaba la contra, la bauticé con el nombre de Luma. Luma me acompañó desde entonces en infinidad de momentos, pero más tarde, aquellos momentos... Eran cosas que debía olvidar, pero Luma no me lo consentía. Llegaba siempre cuando menos la esperaba, cuando no quería escucharla. Como ahora, en que al oír aquella frase tan vulgar y tan repetida de "un año más" murmuró dentro de mí burlonamente:

—Uno menos, querrás decir.

—Uno menos —repetí yo, pero decidida a no escucharla más, a no pensar, elevé mi voz entre la gritería e hice una loca proposición—: ¡Muchachas y muchachos, hay que recibir dignamente el año que empieza! Propongo visitar todos los cabarets que no hemos visitado desde el año pasado.

Un palmoreo alborozado y gritos de alegría contagiosa acogieron mi propuesta. Desde bastante tiempo atrás todas mis locuras, algunas de las cuales rayaban en verdaderas impertinencias, eran recibidas así por ellos: entre aplausos y carcajadas que a mí me tenían

absolutamente sin cuidado. No me importaba lo más mínimo lo que a mis espaldas se murmuraba de mí y sabía también que se me había bautizado con el sobrenombre de la Viuda alegre. ¡Qué importaba! ¡Qué podía importarme ya cualquier cosa! Lo único que valía la pena era la cantidad de placer que la vida pudie-ra proporcionarme para que el tiempo pasara pronto. ¡Pronto!, y que fuera menos lo que restara para llegar al fin. Sentí nuevamente la mirada de Gilberto sobre mí. Impaciente le volví la espalda y añadí como reto:

—Empecemos por el Club Rojo. El que llegue al último pagará la primera tanda. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —respondieron al unísono unas veinte voces, y al grito de: “¡En sus marcas, listos... ¡fuera!”, se inició la desbandada entre bromas, risas y tropiezos.

Demasiados tropiezos. Yo salté al suelo y caí sostenida por unos fuertes brazos. Gilberto los había tendido solícitos hacia mí.

—¡Hola, cara de palo! —dije, haciéndole un ademán de saludo militar, mientras le sonreía con burla—. ¿Qué?, ¿tú no vienes? ¿No tienes ganas de divertirse?... ¿O es que no te gustó mi proposición? —interrogué mientras me soltaba de sus brazos y tomaba otra copa entre mis manos.

—Lo que no me gusta —respondió— es que tomes más. Ya has bebido bastante, ¿no crees?

—¿Y qué? —argüí—. Aún queda mucho, no te apures.

—Ya lo sé, como también tus intenciones de no dejar ni una gota.

—¿Qué? —reté, mirándolo con enojo.

—¿Vas a manejar así?

—¡Claro! —respondí—, y tú vendrás junto a mí. ¿O qué? ¿Tienes miedo? —añadí, mirándolo con coquetería.

—No es eso, es que preferiría que vinieras en mi coche —su-plicó.

—¡Cobarde! —dije con desprecio, y dando media vuelta me dirigí con aire que quería ser olímpico hacia el guardarropa.

Segundos más tarde lo tuve junto a mí, cubriéndome los hombros con mi abrigo y murmurando:

—Vamos a donde tú quieras y en el coche que desees, al fin y al cabo en cualquiera puedo hablarte de algo que debí decirte desde hace mucho.

Tomándome del brazo me llevó hasta mi automóvil. Momentos después atravesábamos vertiginosamente las oscuras calles y las iluminadas avenidas, que eran estrechas para mis ambiciones automovilísticas. Comprendía lo que Gilberto quería preguntarme y trataba de evitarlo. Tenía que aturdirlo y tenía que aturdirme yo también, para no pensar. ¡Pensar!... privilegio del que deseaba con todo mi corazón estar privada. Pisé el acelerador con mayor fuerza y ni siquiera me tomé el trabajo de ver el velocímetro. Pasaron algunos minutos y, repentinamente, Gilberto dijo:

—Patricia, ¿no crees que...

—¿No crees —interrumpí rápidamente— que no hay nada más bello que correr así, con los vidrios bajados, con el aire acariciándote las mejillas, resbalándote por el cuello, alborotándote el cabello... reseándote los labios? —solté una carcajada y añadí—: ¿No te sientes bien? ¿Quieres que acelere más?

—Patricia... —repitió suplicante.

—¡Jesús, qué tono más solemne! —volví a interrumpir—, y total, para hablar con alguien que ni está aquí. Patricia no vino, entérate de una vez. Soy la diosa de la velocidad, o de los vientos, o de la locura. ¡La que prefieras! Es lo mismo —y aumenté la velocidad mientras reía feliz.

Durante un momento no se escuchó más ruido que el zumbido del viento al chocar contra mi automóvil. ¡Me sentía feliz! Conforme avanzaba me parecía que dejaba algo de mí atrás. Ya no era yo. ¡Por fin lograba ser otra! Y, sin embargo, la voz de Gilberto se volvió a escuchar:

—¡Patricia, óyeme un momento!

Impaciente pisé el acelerador con más fuerza y lo increpé duramente:

—Me molesta la gente que no sabe respetar el silencio de un mi-

nuto que es sagrado. De un tiempo a esta parte te estás volviendo insoportable. Ya te dije que Patricia no vino, ya te lo dije. Además, no quiero oír nada, no quiero escuchar ningún ruido que no sea...

Como respuesta a mi deseo recién formulado se oyó un estruendo espantoso. Sentí la rueda del volante incrustarse en mi pecho, dentro de mi cerebro brotó una luz, que se fue apagando poco a poco, y perdí la noción de todo...

Volví en mí escuchando una acalorada discusión:

—Ella venía en avenida y usted debió dejarle el paso —decía Gilberto, mientras me frotaba con fuerza las manos.

—El paso... —respondió irónica la voz—. Si ni siquiera traía las luces encendidas. Además —agregó irritada la misma voz—, eso ya no era velocidad, era locura.

“De acuerdo —asintió Luma dentro de mí—, era locura, una divina locura de vértigo.”

Solamente un loco —añadía la irritada voz puede manejar así.

“Sí —accedió Luma de nuevo—, es una locura manejar así, es una locura tomar tantas copas. ¡Es una locura vivir!”

Pero yo no pude hablar.

Repentinamente aquella voz se tornó nerviosa e impaciente:

—¡Y con este frío! ¡En una noche como ésta sucederme algo así!

Nuevamente habló Gilberto:

—Por supuesto que nosotros pagaremos los daños. Comprendo que su coche salió más mal parado.

—¿Mal parado? —preguntó con sorna la irritada voz—. Inútil, que-rrá usted decir.

—Tanto como inútil... —argumentó Gilberto—. No, no creo. Será cuestión de enviar un perito a revisarlo bien.

—¡Qué revisarlo ni qué nada! —le respondió la voz con ira—. ¡No tengo tiempo que perder!

“Tiempo... —argumentó ahora silenciosamente Luma— ¿y para qué sirve el tiempo? ¿Qué es el tiempo después de todo? Un momento más o uno menos. ¿Qué más da?”

Volví a escuchar aquella irritada voz, que ya empezaba a impacientarme:

—Precisamente hoy —decía—, en esta noche, ¡con este frío!

Haciendo un gran esfuerzo abrí los ojos débilmente y le murmuré a Gilberto:

—Dile que no llore más. Que me diga cuánto vale su matraca esa y le compramos otra.

—¿Matraca? —me increpó ahora a mí—. ¿Que me la pagará? ¡Pobrecita de usted! En qué poco valúa lo que se puede perder esta noche.

—Que no discuta, Gilberto —insistí—. Dale tu tarjeta o la mía y que nos mande la cuenta... y vámonos, ¡vámonos ya! —terminé impaciente.

—¿Vámonos? —dijo la voz cada vez más iracunda—. ¿Cómo que vámonos!? ¿Y ellos?

“¿Ellos? —pensé—. ¿Quiénes? ¿Sus amigos? ¿O tal vez los suyos? Este hombre está loco. Sí —decidí—, está loco”, y mi enojo subió a tal grado que me dio fuerzas para incorporarme un poco, pero inmediatamente volví a reclinar me contra el asiento. La cabeza me dio vueltas y algo muy pesado me cerró de nuevo los párpados. Cansada le indiqué a Gilberto:

—¡No discutas más, Gilberto, por favor! Dale lo que quiera y llévame a tomar algo porque me siento muy mal.

Gilberto se acercó más aún, tocándome alarmado los brazos y la frente, mientras decía:

—Creo que podremos llegar a un acuerdo, señor. La señorita no se siente bien y debo llevarla con un doctor para que la examine.

Asentí en silencio.

—¡Qué doctor ni qué su abuela! —le respondieron con acritud—. Ya la revisamos perfectamente y nos convencimos de que no tiene más enfermedad que la borrachera que se carga.

Y sin escuchar las protestas de Gilberto, añadió como hablando consigo mismo:

—Viéndolo bien, ella es la única culpable y muy justo es que pague.

En medio del asombro de Gilberto y de mis inútiles deseos de reaccionar para poner las cosas en su lugar, pues mi cuerpo no obedecía en absoluto a mi voluntad, repentinamente sentí que me tomaban en brazos y me arrimaban al asiento contiguo al del volante, mientras aquella voz odiosa me decía:

—¡Arrímese, que ahora manejo yo!

Quise protestar, pero me sentía cansada, inmensamente cansada y sin ninguna fuerza física, ni para abrir los ojos y ver quién era aquel que me trataba en esa forma. Gilberto protestó indignado:

—¡Oiga!, ¿pero qué trata usted de hacer?

—¡Usted, cálese! —le respondieron secamente—. Si quiere cuidar a su borracha, siéntese allá atrás antes de que sea demasiado tarde.

Hubiera querido ver la cara de Gilberto, que seguramente sería de asombro e indignación, pero sólo pude escuchar, en un tono de voz que me pareció medio malicioso, que accedía diciendo:

—Bueno, hombre, bueno.... Está usted en su derecho. Nosotros le estropeamos el carro y muy justo es que lo llevemos a donde tiene tanta prisa de llegar. Después de todo, nosotros no tenemos ninguna de llegar a alguna parte.

“¡Cómo que no tenemos prisa! ¿Y la garganta seca de Patricia? ¿Esa pesadez de los párpados? ¿Y esa flacidez del cuerpo?”, intervino rápidamente Luma.

“¡Claro! —aprobé yo mentalmente—. Estoy enferma, muy enferma. Tengo frío, tengo sueño... ¡quiero irme a casa! ¡Pero no, a casa no! Ahí pienso y no debo pensar. ¡A casa no! ¡Mejor vámonos con todos, vamos a tomar una copita! ¡Sólo una! Después me sentiré mejor, volveré a reír, a bromear, ¡a olvidarme de lo que soy!”

“Gilberto, tu fiel Gilberto, tu más consumado admirador, el único hombre junto al cual decías sentirte segura, te ha abandonado, comentó con burla Luma.”



“¡Nunca! —defendí mentalmente—. ¡Nunca! —repetí con una voz que apenas resultó inteligible, aun cuando creí haber emitido un grito enérgico de protesta. Quise abrir los ojos, incorporarme, pero algo más fuerte que yo me retuvo inmóvil. Gilberto —pensé—, ayúdame, estoy enferma, llévame a tomar algo que me reanime. ¡Haz algo por tu moderna Viuda alegre!”

Y empecé a reír nuevamente.

Pero Gilberto no era un buen receptor telepático o no quiso escuchar mi mudo mensaje. Continuaba tranquilamente acomodado en la parte posterior del coche y éste había comenzado a moverse lentamente, manejado por el desconocido gruñón.

“Después de todo, mejor —aceptó Luma—. Es tan grato acomodarse así, sin pensar en nada, sin tener un rumbo fijo, sin saber hacia dónde vamos...”

Creo que esto lo pensé yo. Y el coche seguía caminando. Dos o tres veces lo sentí detenerse. Palabras sueltas llegaban hasta mí, murmuradas en voz baja, la misma voz que había escuchado antes tan irritada, murmurando impaciente:

—Y en una noche como ésta, con tanto frío... ¡tenía que sucederme eso! —pero ahora la escuchaba dulce, casi diría que era humilde, tierno... — Arrímese, por favor.

Y Gilberto respondió asombrado:

—Pero... ¿a dónde lo lleva?

Más tarde otro murmullo lejano, más dulce:

—Ya no caben ahí. Tómelo usted, por favor.

Gilberto, sumiso, podría decir que humillado, replicaba:

—Con mucho gusto.

Después... ¡nada! Me hundí gratamente en unas tinieblas acogedoras, pero aún sentí una mano tibia pasando sobre mi frente y escuché aquella voz cada vez más tenue y lejana:

—No se preocupe, era lo que necesitaba, dormir la mona.

¡Qué grato era no escuchar ya nada, hundirse así, poco a poco, lentamente, sin saber, sin sentir... ¡sin vivir!

II

La luz hería con fuerza mis ojos. Los cerré débilmente y un rayo iluminó mi cerebro. Recordé... la champaña, las carcajadas, el pesado ambiente del humo de los cigarrillos... ¡Ah, sí! Había comenzado a correr un año nuevo. ¿Y mis amigos? ¿Dónde los habría dejado? Con dificultad abrí los ojos un poco y reconocí mi alcoba. Estaba en mi casa, en mi propia casa. ¿Cómo había llegado? Apreté nuevamente los ojos con fuerza. La luz me hacía daño. Volví a recordar... El vértigo de la velocidad, Gilberto junto a mí recordándome algo que yo debía olvidar y... ¡el choque! ¡Ah, sí, el choque! Recordé una voz irritada que me molestó mucho y ¿después? ¿Qué me había pasado después? ¿Cómo había llegado a casa? ¿Quién me había llevado hasta ahí? Indolentemente alargué la mano y toqué el timbre. Algunos minutos después tenía junto a mí a la doncella.

—¿Cómo se siente usted, señorita? —preguntó.

—Perfectamente mal. ¿Qué hora es?

—Las dos, aproximadamente. Ya está listo su baño. ¿Desea algo más? ¿Abro las ventanas?

—¡No, por favor! Mejor dame una copa de algo que me quite esta sensación espantosa de vacío.

Me dio lo que le pedía y lo apuré rápidamente. Me sentí mucho mejor. Más tarde, impecablemente vestida e irrepudablemente peinada, le telefoneé a Gilberto.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—¿Cuándo podré hablarte sin que sea esa la primera pregunta que me hagas? —respondí molesta—. Me siento perfectamente, mejor que nunca y con deseos de comenzar bien este año. Háblale a los muchachos y pasa por mí a las once a casa de Edna. Ahí vamos a jugar bridge un rato. ¡Ah!, recuérdales que anoche no terminamos nuestra excursión, que hay mucho pendiente.

—¿Anoche? —preguntó con burla—. ¿Pero te acuerdas de lo

que pasó anoche?

—¡Claro que me acuerdo! —aclaré con impaciencia, pero agregué enseguida—: Lo único que me intriga mucho es saber cómo llegué a casa. Supongo que Gilberto, mi adorable Gilberto, me trajo hasta aquí —terminé con burla.

—Pues supones mal —respondió él secamente—. Y por lo que respecta a que pase por ti a la hora que me indicas, lo haré con mucho gusto, ya que si no lo hago, tendrás que verte en la penosa necesidad de llegar al lugar de nuestra cita a pie, y eso no está dentro de tus costumbres.

—¿A pie? —pregunté con extrañeza—. Que yo sepa no se me ha olvidado manejar.

—No, manejar no —dijo él con ironía—, pero se te ha olvidado que por algunos días no tendrás coche.

—¿Que no tendré coche? —grité alarmada—. ¿Pues qué le hice?... ¡Por favor, Gilbertito, sé bueno y dime la verdad! ¿Lo rifé?

—No —aclaró—. Por primera vez, desde hace muchos años, te vi un gesto digno de ti. Lo prestaste.

—¿Lo presté? —exclamé ya en el colmo del asombro y añadí en un tono de suprema resignación—: ¿Serías tan bondadoso de decirme a quién?

Una carcajada al otro lado del hilo telefónico fue la respuesta a mi cándida pregunta.

—A él —aclaró secamente.

Por un momento hice realidad la ambición máxima de los famosos yoguis: me quedé con la mente en blanco. ¿A él? ¿Presté mi coche? ¿Un gesto digno de mí? Odiosa costumbre que no podía combatir: la de permitir que interviniese Luma en los instantes en que menos lo deseaba. Cuando logre alejarla definitivamente de mí, viviré por fin feliz.

Gilberto esperaba impaciente volver a escucharme.

—Gilbertito —supliqué—, sé bueno y ven en este mismo instante para que me aclares todo esto. ¿Qué no comprendes que yo sin mi

coche soy la mitad de mí misma?

—¿Ahorita? —dijo. Titubeó un momento y agregó—: Mira, nena, yo te quiero mucho, pero debes comprender que desgraciadamente no poseo los millones que tienes tú y necesito de la prosaica costumbre de trabajar para subsistir, y precisamente en este instante estoy aprovechándome de este día de asueto, en que estoy sin el personal, para terminar con un asunto que me preocupa mucho. Por tal motivo me es imposible ir a verte, pero te prometo pasar por ti para que vayamos juntos a tomar algo dentro de dos horas, advirtiéndote que si me dices que la espera será larga, seré el hombre más feliz de la tierra, aun cuando comprendo que no será precisamente por el deseo de verme.

—¿Dos horas? —pregunté con ira—, pero en fin —añadí más calmada y con una gran dosis de filosofía—. Si la montaña no viene a ti, ve tú a la montaña. Haré el sacrificio de tomar un coche que no sea el mío, y dentro de unos instantes me tendrás junto a ti.

—Tenías que salirte con la tuya de no dejarme trabajar —dijo con un suspiro de resignación—, pero como negarme sería una imperdonable falta de caballerosidad, y eso nunca podrá decirse de mí, ven.

Unos minutos más tarde, que a mí se me hicieron demasiado largos en mi imperiosa necesidad de saber el motivo por el cual me tornaba, inesperadamente, de la noche a la mañana, en una proletaria de a pie, fueron suficientes para hallarme junto a Gilberto.

—Pero, vamos a ver —le increpé duramente—, ¿qué permitiste que hicieran con mi coche?

Su cara de malicia me irritó más aún.

—¿Yo? —preguntó con un gesto de inocencia—. ¿Qué hice yo? Chiquita, vas mejorando. Antes, por mucho que hubieras tomado, recordabas perfectamente todos y cada uno de tus actos. Ahora me causa extrañeza...

—¿Qué extrañeza ni qué nada! —dije ya en el colmo de la desesperación—. ¿Dónde está mi coche?

—Eso es lo que te iba a decir, pero no me dejaste terminar. Me

causó mucha extrañeza que anoche le cedieras por unos días tu coche al caballero al que dejaste sin el suyo.

Mi boca se abrió para decir algo que no llegué a saber qué era, pues no emitió un sólo sonido. Trataba de ordenar el tropel de palabras que acudieron a mi mente, pero al cabo de un momento apenas atiné a decir:

—Viejo gruñón ese, ¿le presté mi coche?

—Mira, lo de gruñón te lo admito —dijo Gilberto—, aun cuando reconozco que tenía razón para rezongar y aun para rugir, pero lo de viejo... no, ni tanto.

Apenas escuché en mi desesperación estas aclaraciones y solamente pregunté, con un dejo de tristeza:

—¿Por cuántos días se lo presté?

—Mientras le entregan el suyo. Supongo que serán unos quince o veinte días, o quizá un mes.

Me alarmé. ¡Un mes sin ese artículo imprescindible para mí! Tomé una rápida decisión. Con gesto amenazador me acerqué a Gilberto:

—Mira, Gilberto, como cómplice que eres de este atentado contra mi seguridad personal, tomas en este mismo instante el teléfono y le comunicas a ése que tenga la bondad de enviarme mi coche al instante y que tome uno alquilado por el tiempo que lo necesite mientras le entregan el suyo. Yo pago la cuenta.

—Tú eres la dueña —comentó Gilberto con burla, haciendo lo que le había ordenado. Sacó una tarjeta de su cartera y marcó un número que había escrito en ella.

Impaciente me paseaba por su despacho, estrujando los guantes entre mis manos. Le oí decir:

—¿La casa del señor Marín? ¿Tuviera la bondad de comunicarme con él?

Una pausa que se me hizo eterna y enseguida volví a escuchar:

—Señor Marín, disculpe que lo moleste, soy el caballero que venía anoche con la señorita Ruiz... la que le prestó el coche. Me indica ella que tenga usted la bondad de enviárselo y tomar uno en alquiler,

mientras le entregan el suyo, mandándole la cuenta de ese gasto a la dirección donde nos dejó usted hoy en la madrugada.

Otro silencio, largo, demasiado largo para mi impaciencia. Yo continuaba mi paseo. La risa de Gilberto era incomprensible para mí. No era una risa simplemente, era una sonrisa de burla, de malicia, de travesura. Al cabo de unos minutos más, le escuché decir:

—Un momento, voy a comunicárselo. Ella está aquí.

Tapó la bocina con la mano y me informó:

Dice el señor Marín que lamenta mucho no complacerte, pero que el carro es lo suficientemente cómodo para lo que él lo necesita y que, además, si tú no puedes usar otro y esto te molesta, lo siente mucho, pero algún castigo debes tener por la locura de tomar las avenidas como pista propia. Que para correr se hicieron los autódromos, y que si no puedes usar otro coche que no sea el tuyo, tendrá mucho gusto en pasar a la hora que le indiques y recogerte después a la hora que quieras.

—¡Insolente! —incredulé—. ¿Pues qué se está creyendo? ¡Lo demandaré!... O no, mejor permíteme, voy a hablar con él.

Mi estado de ánimo era indescriptible. Desvelada, molesta por... unas cuantas copitas que habíamos tomado, más molesta aún por haber tenido que llegar a la oficina de Gilberto en un coche que no era el mío y manejado por una persona que no era yo. Y ahora... ¡el colmo! Me negaban el derecho de usar mi propio coche. El además con el cual cogí el teléfono era lo suficientemente expresivo para indicar en forma clara y precisa todo esto.

—¡Oiga, usted!... —grité.

Lo que iba a decir quedó en el más profundo de los olvidos. No lo sabré nunca, lo único que podré recordar durante todos los años que me queden de vida, es que al otro lado del teléfono una voz, que no puedo describir, me lanzó estas palabras que cerró con broche de oro al colgar tranquilamente el audífono:

—Señorita, soy hombre de pocas palabras y, además, no me gusta que me griten. Si le parece bien que pase por usted, que

el señor que habló hace un momento le indique a mi sirviente el lugar y la hora en que quiera usted que vaya, y si no, alquile un coche por el tiempo que crea necesario y mándeme después la cuenta.

### III

Por primera vez desde hace algunos años tuve otra preocupación que no fuera la de vivir rápidamente, la de olvidar. Estaba en medio de mis amigos, como siempre de broma, carcajeándonos sincera o ficticiamente, pero carcajeándonos al fin. Comentando todos y cada uno de los sucesos que real o aparentemente le habían sucedido a nuestros conocidos, pero, por primera vez, repito, me ocurría estar ahí con una preocupación que no era yo, que no era mi persona, que no era mi vida.

Mi indignación con Gilberto porque según yo, él era el culpable de lo que estaba sucediendo con mi automóvil fue momentánea. Después se volcó en el verdadero culpable, en aquel salvaje del que no conocía más que la voz. Eso sí, una voz de múltiples matices: irónico, burlón, tierno y, si mal no recuerdo, hasta humilde. ¡Pero me la pagaría! ¡Eso sí, de Patricia Ruiz no se burlaría nunca nadie!... ¡nadie!

Otra vez Luma junto a mí: "Sí, alguien se ha burlado".

Pero no, ¡no había sido burla!, fue algo que no tiene nombre, pero eso sí: ¡fue el último que se burló de mí! Uno fue el que jugó conmigo, con mi vida, y muchos lo habían pagado y muchos lo pagarían aún, y no sería precisamente él, el de la voz de múltiples matices, el que iba a salir mejor librado. Creyó que me manejaría a su antojo, pero ya veríamos quién de los dos era el vencido. ¿Con-que le dejara dicho a qué hora pasaba por mí? ¡Magnífico! Que me sirviera de chofer. Yo no tendría el menor reparo en ello, y uniendo la acción al pensamiento le había dicho a Gilberto que me comunicara al número telefónico que estaba apuntado en la tarjeta que le arrebaté y empecé a dar órdenes:

—Dígale usted al señor Marín que pase por la señorita Ruiz a las diez de la noche a su domicilio —y colgué olímpicamente.

En honor a la verdad, cuando sonó el timbre y bajé la corta escalinata que separaba la puerta de mi casa de la calle, mi empaque era el de una reina. Esperaba cualquier cosa, menos que un caballero joven y alto con una altura que me chocó desde el primer instante, porque contrastaba con mi cuerpo esbelto y menudito tuviera la portezuela abierta para dejarme paso. ¡Claro, ya me imaginaba que no vendría él personalmente! ¡El muy cobarde!... ¿O sería él? Le miré de reojo. No, con esa cara de niño malcriado, éste no podía ser aquel otro de las mil voces. Entre dientes volví a murmurar: “¡Canalla! Ni siquiera se atrevió a venir”.

Y sin más ni más me acomodé en la parte trasera, esperando escuchar que se cerrara la portezuela. Después de unos segundos de inútil espera, me volví con aires verdaderamente reales hacia el chofer y le interrogué con la mirada. Interrogación que él no vio, pues continuaba junto a la puerta, parado con aire verdaderamente marcial, esperando algo.

—Nadie más viene. Puede usted cerrar —indiqué.

Sin decir una palabra, cerró, y dando la vuelta por el frente del coche se acomodó junto al volante.

—¿A dónde? —preguntó.

Y heme aquí abriendo la boca como tonta. La voz, aquella misma odiada voz, era la que había hecho la pregunta. ¿Conque era él? Había llegado mi momento, el dulce momento que me acercaba a un dios, el de la venganza. Ni siquiera me molesté en verle. Mirando por la ventanilla en forma displicente hacia la calle, respondí dando una dirección. No volvimos a cruzar una palabra en todo el camino. Llegamos al lugar que había indicado, se bajó nuevamente y abrió la portezuela.

—Pase usted —dijo con burla—. ¿A qué hora quiere la señorita que venga por ella?

—A las tres de la mañana —respondí—. ¡O mejor no!, me iré en



el carro de Gilberto. Hasta mañana a la misma hora, en mi casa —y sin verle, le alargué un billete que había sacado de mi bolsa.

Hubiera querido ver su cara. Orgullosa de inferirle la humillación de un pago, de tratarle como a un sirviente, ni siquiera me volví a mirarlo, pero satisfecha escuché que aquella voz tomaba inflexiones verdaderamente airadas, cuando respondió, tomando el billete:

—Con mucho gusto, señorita. Ahí estaré sin falta.

Desde ese momento, hasta ahorita, había tratado de divertirme sinceramente, pero algo me lo impidió. Algo que me ha preocupado. El hombre de las mil voces, el salvaje y canalla que se aprovechaba del coche de una mujer para su uso personal, era el mismo intensamente alto de cara de chiquillo, con ojos... azules, verdes y grises... ¡en fin! ¿Podría ser el mismo? Una voz no quería decir nada. Tal vez fuera hijo del otro, del gruñón. O si era él, ¿qué hacía a esa hora que no le molestaba desvelarse e ir tarde por mí? A cualquier hora, a la que yo lo citara. Y surgió una duda mayor aún. ¿En qué estaría ocupando mi coche? Quizá lo estaba usando como carro de ruleteo... o de carga tal vez. Recordé que aquella noche, la del choque, escuché algo así como: "Colóquelo ahí", "tuviera la bondad de sostener este otro"... ¡Nada más eso me faltaba!, que mi carro, el automóvil que había sido el último obsequio de mi padre antes de morir, sirviera para eso, o para... ¿para qué? Tenía que saber para qué; y el único que podía aclararme esta duda no estaba ahí porque seguramente se había disgustado conmigo. Era el colmo, haber despachado a uno pensando irme con otro, y ahora ni Gilberto estaba ahí ni había manera de comunicarme con el que traía mi propio coche. ¡Claro que no faltaría quién me llevara!, pero me molestaba depender de otros y además... esa duda...

En honor a la verdad, esa duda me distrajo. Mis amigos hacían broma de mí. Les escuché decir:

—Miren a la Viuda alegre, qué soñadora está hoy.

—¡Majaderos! —respondí.

—Ya no se acuerda —comentaban otros— del baño que le dio

anoche a su adorado Juanito.

—¿Cómo, Juanito —pregunté—, te bañé anoche?

Respondió él con humildad.

—¿Y no te sequé? —le dije con asombro fingido—. ¡Qué falta de cortesía tan imperdonable! Pero no hay nada irreparable en este mundo.

Y tomando la copa que tenía más cerca, la vacié nuevamente sobre él diciéndole con dulzura:

—¡Ahorita mismo te seco, corazón! —quitándome la mascada, empecé a secarlo. Juanito puso una cara de arrobamiento tal que me hizo sentirme la Verónica, o la Magdalena, limpiando los pies de Jesús.

Vi el reloj. Las dos apenas, ¡pero qué noche tan aburrida! Ya quería irme a casa.

“Patricia —murmuró Luma dentro de mí—, no mientas, no es que quieras irte a casa, es que te molesta que no vengan por ti.”

“No es cierto —respondí mentalmente—, lo estás diciendo con malicia. Mi preocupación es solamente por despejar la incógnita sobre el uso de mi coche. Necesito saber qué es lo que hace con él ese hombre.”

Una carcajada me despertó de mi momentáneo coloquio. Sorprendida miré a mi alrededor, yo también solté la carcajada. Juanito se había reclinado sobre mi hombro y me miraba con arrobamiento encantador, pero algo horrible sucedió en ese momento. Alguien comentó:

—Miren, parece arte de magia. La Viuda alegre se ha convertido en una adorable mamá.

Mi reacción fue terrible. Con un gesto verdaderamente agresivo y de horror, dejé a Juan, que al no estar preparado para semejante acto, rebotó contra una mesa. Un relámpago me cruzó la mirada, me sentí cegar y no sé qué hubiera hecho o qué hubiera dicho, si en ese momento no se hubiera acercado el mesero, a decirme:

—Señorita Ruiz, afuera la espera su coche.

## IV

Con qué gusto me arrellané en los mullidos asientos de mi automóvil. Me sentí dentro de él como en mi propio hogar. Ni siquiera me tomé el trabajo de preguntarle a mi improvisado chofer a qué debía que hubiese vuelto por mí a pesar de haberle dado órdenes contrarias. Esa noche había tomado menos que de costumbre. Había querido conservarme consciente para preguntar a Gilberto acerca del uso que se hacía de mi automóvil y despejar aquella incógnita que me tenía tan molesta. Gilberto no había llegado, pero ahora tenía la oportunidad de saberlo de manera directa. Sin embargo, al estar sentada ahí y escuchar nuevamente aquella voz que tenía el don de exasperarme, mi orgullo se impuso y me importó muy poco todo lo que no fuera divertirme, reír, tomar con indiferencia las cosas que pasaran a mi alrededor. Por un hábito adquirido desde mucho tiempo atrás, me había acomodado inconscientemente en el asiento delantero, por lo que oí muy cerca de mí una pregunta:

—¿Va a manejar usted?

Me volví y, sin saber por qué, me hizo estremecer el ver tan cerca de mí aquella cara de muchacho travieso del hombre alto que, para mi desesperación, veía continuamente en mi imaginación desde hacía unas horas. Me sobrepuse a ese sentimiento de molestia y respondí, arrimándome al asiento contiguo:

—No, maneje usted.

Tomó asiento mientras preguntaba indiferente:

—¿A dónde la llevo?

—A mi casa, claro —respondí.

Inmediatamente me arrepentí de esta respuesta. No quería ir a mi casa. Quería saber qué era lo que hacía aquel hombre misterioso con mi automóvil, pero mi orgullo me impedía retractarme de lo dicho, y poco tiempo después me encontraba sola en mi alcoba, dialogando con Luma.

“Aquí estás —me decía—, alejada de tu costumbre de volver a

esta casa a las cuatro o cinco de la mañana. En tu sano juicio y sin sueño. Todo, ¿por qué? Por el orgullo de no hacer una pregunta franca. ¿Tan humana te has vuelto que ya ni siquiera para hacer una pregunta puedes dejar de fingir esa pose de despreocupación y de indiferencia que has adoptado? ¿O es que de tanto odiar a los hombres has acabado por volverte como ellos? Igual de falsa, igual de comediante... igual de mentirosa!”

—¡Cállate! —grité en voz alta—. ¡Cállate, no me atormentes más!

Y me dirigí con enojo hacia la cantina. Tomé dos, tres, diez, ¡quién sabe cuántas copas!...

A la mañana siguiente mi doncella me encontró dormida en la sala. Disgustada conmigo misma por mi tonta actitud, recurrí a mi eterno refugio: Gilberto.

—No me mires así —le dije molesta al ver la mirada de interrogación con la que me recibió—. Solamente vengo a hacerte una pregunta: ¿por qué le dejé mi coche a ese señor? ¿Qué?, ¿lo usa de noche, cuando es la hora en que normalmente las personas normales descansan?

Gilberto sonrió con esa sonrisa tan comprensiva y tan suya.

—Siéntate, chiquita —me dijo, tomando cariñosamente mis manos—. Como castigo ya es suficiente y no hay que exagerar las cosas. Te voy a explicar la verdad acerca del préstamo. No fuiste tú quien lo prestó, fui yo. Claro que pude haberle prestado el mío, o él no haber aceptado, pero ambos pensamos que necesitabas un escarmiento. Ya son muchas las locuras que haces. Aquella noche, cuando te fuimos a dejar a tu casa, después de más de cuatro horas de trabajo, luego del choque, estabas profundamente dormida. Sonreías entre sueños, con una tranquilidad y una dulzura que no te había visto nunca cuando estás despierta. Yo estaba cansado y asombrado de todo lo que vi. Al ir a tomarte entre mis brazos para subirte a tu casa, me faltaron fuerzas para hacerlo. Entonces el señor Marín te tomó entre los suyos y te transportó como si hubieses sido una niña. Te dejó tranquilamente acomodada en tu alcoba, junto a

tu doncella. Mientras volvíamos al automóvil, comprendí que no podíamos quedar ante él en una situación ridícula después de todo lo que había visto y le ofrecí tu carro mientras le entregaban el suyo para que pudiera continuar haciendo su trabajo. Ya sé que pude ofrecerle el mío. No protestes. Pero tenía que ser el tuyo, precisamente el tuyo, el que hiciera eso.

—¿Eso? —pregunté—. ¿Después de lo que viste? ¿Trabajaron cuatro horas? ¡Cuánto misterio para nada! De una buena vez dime qué es lo que hace el mago ese.

—Eso —respondió él—, magia —y añadió enseguida en un tono de voz diferente. Podría decírtelo, pero estoy seguro de que él no querría y de que yo le restaría con mis palabras tan pobres toda la nobleza y el heroísmo que su gesto tiene. ¿Quieres saberlo? Pues tendrás que dejar a un lado tu orgullo y preguntárselo a él o dominar tu vanidad y tu altivez y acompañarlo una noche nada más. Una noche será suficiente.

Lentamente tomé mi bolsa, mis guantes y, sin decir nada, salí preocupada. Gilberto no era de las personas que se exaltan ante cualquier cosa y parecía verdaderamente emocionado con aquellas cuatro horas de trabajo. Caminé inconscientemente algunas calles, y de repente tomé una decisión. ¡El coche era mío, podía usarlo como quisiera, y si el señor ese tenía inconveniente en que observara su trabajo, peor para él! Me apresuré a llegar a casa y le ordené a la doncella que se comunicara al teléfono del señor Marín y le indicara que pasara por mí al mismo lugar de la noche anterior, pero a las doce.

Confieso, aunque con enojo, que el día fue largo, la tarde casi interminable y la noche exasperante. Cuando el camarero me avisó que el coche me esperaba, respiré hondamente con satisfacción. Por fin saldría de dudas, de una vez por todas terminaría con aquella chiquillada impropia de una mujer como yo. Después de todo, lo único que quería era ver. Al día siguiente sería la misma Patricia despreocupada de siempre.

Sin cruzar con él una sola palabra, volví a acomodarme en el

mullido asiento delantero junto al volante.

—¿A dónde? —me preguntó como la noche anterior.

Hice un esfuerzo y tragué saliva.

—No tengo prisa de llegar —respondí en la forma más indiferente que pude—. Si no tiene inconveniente, trabaje usted como de costumbre, sin recordar que vengo aquí.

Sorprendido, se volvió a mirarme por primera vez de frente desde que me conocía.

—¿No cree que sería un poco molesto? —preguntó incómodo.

Algo dentro de mí me hizo sentir alegre. Por fin lo había molestado con algo. Me sentí más segura de mí misma y respondí displicente:

—Por mí no se preocupe.

Levantó los hombros con indiferencia y, sin decir una palabra más, pisó el acelerador y empezó a caminar lentamente. Poco a poco nos fuimos internando por calles más oscuras y menos pobladas. Unos minutos después el automóvil brincaba y comprendí que rodábamos sobre calles sin pavimento. Empecé a sentir temor. Nada más faltaba que mi curiosidad me hubiera impelido hacia una aventura de carácter dudoso. ¡Ah, eso no le sucedería jamás a Patricia Ruiz! ¡Canalla!... ¡Debí habérmelo imaginado!

—¿A dónde va? —le increpé con rabia, volviéndome hacia él.

—A trabajar —respondió tranquilamente.

—¿Por estos rumbos? —volví a preguntar con enojo.

—Por aquí trabajo yo.

Le miré con más odio y secamente le dije:

—¿Y no le da igual ir por cualquiera otra parte?

—No —fue la escueta respuesta.

Volví a quedar en silencio, pero desde luego en guardia. Cualquier movimiento que observara y que me pareciera sospechoso, no me encontraría desprevenida.

“La culpa es tuya, Patricia —dijo Luma dentro de mí—. ¿A quién se le ocurre salir con un desconocido a estas horas, a recorrer tranquilamente las calles de México, bastante peligrosas desde que se

oculta el sol?”

“La culpa no es mía —contestaba yo mentalmente—. Gilberto es el culpable. Él me infundió ánimo, casi me obligó a venir. Nada más fácil para él que hablar claro. Pero si ahora sucediera algo que a mí...”

De repente me puse alerta. El coche acababa de detenerse y mi acompañante encendió el faro de niebla e iluminó a su alrededor.

“Está buscando —pensé— si hay por aquí alguna persona. Si se convence de que no hay nadie, tal vez...”

Repentinamente la luz se detuvo en el quicio de una puerta. Observó detenidamente y la apagó.

“Ahora —pensé— prevenite, Patricia. No tiembles, ármate del valor que no debes perder en un caso como éste.”

Las piernas me temblaban, el corazón me latía en las sienes y mi boca seca reclamaba con más urgencia que nunca una copa. La portezuela del carro se abrió y mi acompañante descendió en silencio. Lentamente se alejó hacia el quicio de la puerta que había alumbrado unos minutos antes, y poco después volvió con un bul-to entre los brazos. Silenciosamente le vi sostenerlo con un brazo, mientras abría la portezuela de atrás para acomodar algo en el asiento trasero. Mis ojos se abrieron con asombro. ¡Era un niño! Completamente dormido. Me volví a verle a él.

Silenciosamente y con cuidado cerraba la portezuela, y acomodándose en el asiento, pisó el acelerador para arrancar con lentitud. No supe qué decir, no pude ni pensar. Era lo que menos me esperaba. Quise preguntar, pedir una explicación, pero en ese momento volvió a detener el coche, volvió a bajar, y unos segundos después había en el asiento trasero otro niño, acompañando al primero.

¡Por fin comprendí! Me las veía con algo más peligroso aún que un seductor de mujeres. ¡Nada menos que con un robachicos! Yo ahí sirviéndole de cómplice, tranquilamente sentada junto a él y sin saber ni qué decir.

Cuando el asiento de atrás estuvo lleno, los bultos vivientes empezaron a ser acomodados en el piso. Mi paciencia llegó al límite y mi indignación al máximo, y sin poder contenerme, exclamé con ira:

—Pero ¿cree usted que voy a permitir que se lleve a esos niños y que me voy a quedar callada sin decir una sola palabra?

—Guarde silencio —me respondió en voz baja—, no los despierte.

—Pero, ¿qué hace usted? —dije suavemente, casi en secreto—. ¿Cree usted que todos estos niños pasarán inadvertidos el día de mañana? ¿Que no va a alarmar su desaparición?... ¿Qué piensa hacer con ellos?

—¡Cállese ya! —me replicó molesto—. Cuando me pidió que le permitiera acompañarme en mi trabajo, me dijo que hiciera de cuenta que junto a mí no venía nadie, pero usted habla más que un perico y se mueve más que un gusarapo. Es imposible que pase inadvertida. Llevaremos estos niños a su lugar y la dejaré en su casa o en el lugar que me indique, antes de ir por otros.

—¿A su lugar? —pregunté—. ¿A qué lugar?

—Ya lo verá usted —me respondió—. Por lo pronto cálese y estése quieta, si no quiere que la baje.

—¿Que me baje? ¿A mí? —pregunté asombrada—. ¿Que me baje de mi propio coche?

—Coche o no coche —respondió él—, si no se calla, en este mismo instante la bajo.

A pesar de las tinieblas que nos rodeaban, aquella voz a la que le había escuchado múltiples modulaciones tenía en ese momento un tono de amenaza tal, que comprendí que lo mejor era guardar silencio y pensar en la forma de salir mejor librada de todo eso.

Cuando el coche estuvo enteramente lleno, empezamos a caminar sin detenernos, pero siempre lentamente, hacia un lugar desconocido. Cuando por fin llegamos, mi asombro fue mayor aún. Varios hombres se acercaron también despacio hasta el coche y



empezaron a cargar a los pequeños dormidos y a introducirlos en una casa.

“¡Vaya! —pensé—, pues si esto es una organización en toda forma!”

Ansiosa miré a mi alrededor, deseando encontrar la forma de delatarlos. Comprendí el peligro en que me había situado inconscientemente y calculaba las posibilidades de éxito o de fracaso que tendría junto a aquellos hombres peligrosos, para hacer la denuncia correspondiente ante las autoridades respectivas. Mi nerviosismo era ya inaguantable. Fumaba un cigarrillo, pensando en lo que debía hacer, y como primer punto comprendí que tenía que hallar algo que me indicara después el lugar donde había estado. Con disimulo, haciendo como que arrojaba las cenizas por la ventanilla, me asomé discretamente. Estábamos a media cuadra de una calle que no conocía, pero seguramente la casa debía tener número... ¡Qué tontos, no me taparon los ojos! Porque yo vería todo, ¡claro que lo vería! Con disimulo levanté la vista como si observara las estrellas y poco a poco la fui bajando. ¡Ah, ya tenía un dato! Sobre la puerta de la casa había un rótulo, pero estaba demasiado oscuro para que pudiera leerlo. Tenía que verlo, tenía que saber qué decía, bajo qué nombre se resguardaba aquella guarida de robachicos, pero el faro de niebla se hallaba del lado del volante y yo me encontraba en el asiento contrario. Poco a poco me fui acercando hacia aquella ventanilla y esperé un momento oportuno. La estrategia no me falló. Cuando dos de aquellos hombres habían entrado a la casa cargando cada uno de ellos a un niño y mi acompañante se encontraba inclinado, tomando entre sus brazos a otro, juzgué llegado el momento. Enfoqué en la forma que creí correcta aquel faro y lancé la luz. Si esperaba encontrar el nombre de un hotel o de un comercio, o tal vez el de una organización, mi sorpresa fue indescriptible al ver en letras brillantes de esmeril algo que borró todas mis dudas y que, al mismo tiempo, me hizo volver asombrada hacia aquel que, con el niño en brazos, trasponía el umbral sobre el cual acababa de leer:

## Dormitorio público para niños pobres.

### V

Las palabras exactas para describir mi estado de ánimo al ver el trabajo de aquel hombre, no las podría encontrar. ¡Niños! ¡Siempre niños atravesándose, en una forma o en otra, en mi vida! Y, después de todo, ¿qué eran aquellos niños? Serían más tarde lo que todos nosotros: carne martirizada, pensamientos de tortura, alegrías ficticias pasajeras. Serían lo que pomposamente los sabios llaman “seres humanos”. Su pobreza, su miseria era preferible mil veces a la pobreza y a la miseria de que estaba llena la humanidad, y a pesar de que odio la pobreza y la miseria, de que me crispaba los nervios y me hacía volver la cara horrorizada, pensé que aquel hombre merecía admiración por lo que él llamaba su trabajo.

Pero mi reacción fue de amargura, de soledad infinita, de eterna soledad de la que no podía liberarme nunca. Y, sin saber por qué, lo tomé como la víctima inocente que expiaría todo mi pasado. Lo odié y esperé con ansia verlo aparecer junto a mí para decirle con rabia contenida:

—¿Y cuánto le pagan por hacer esto?

Me miró en una forma que no supe definir y después, alzando los hombros despectivamente, me respondió:

—Más, muchísimo más de lo que usted puede imaginarse.

Buscaba en mi cerebro atormentado algo más que decirle, algo que lo hiriera y lo irritara, como herida y molesta estaba yo en ese momento. Me acomodé con coraje en el asiento y, reclinando mi cabeza en el respaldo, esperé a que tomara su lugar junto a mí. Después, como quien siente cansancio, demasiado grande para soportarlo más, le pedí, ¡le exigí!, que me llevara a mi casa.

—Parece mentira —le dije—, que se haya usted permitido semejante atrevimiento.

Sin tomarse siquiera el trabajo de volverse a mirarme, me respondió:

—¿Se puede saber de qué atrevimiento está hablando?

—El de utilizar mi coche para el transporte de toda esa chiquillería mugrosa.

Ahora sí se volvió a mirarme, con unos ojos de asombro tal, que comprendí que había tocado un punto débil, y orgullosa de mi triunfo continué:

—Son focos vivos de parásitos y de gérmenes que, seguramente, anidarán aquí. No podré usar este coche cuando me lo devuelva. Le suplico que mañana sin falta me lo envíe para mandarlo desinfectar. Puede usted elegir el coche de alquiler que le agrada y enviarme la cuenta inmediatamente.

Había dicho todo esto de corrido y sin pensarlo, satisfecha de ver la sorpresa con que había escuchado aquella sarta de tonterías. Y cuando esperaba alguna sarcástica frase con las que acostumbraba responderme, la asombrada fui yo, pues sin decir una palabra, pisó el acelerador con rabia y minutos más tarde nos hallábamos frente a la puerta de mi casa. Esperé a que me abriera la portezuela, como acostumbraba hacerlo, para descender con el gesto altivo que adoptaba siempre que estaba junto a él, pero esperé inútilmente. Se volvió con lentitud hacia mí y se quedó mirándome frente a frente y con detenimiento.

—Realmente —me dijo despacio—, he cometido una falta imperdonable.

Era lo que menos esperaba escuchar: ¡una disculpa!, pero decidida a que todo el triunfo fuese mío, miré indiferente a través del parabrisas, respondiendo con displicencia:

—Menos mal que lo reconoce.

—Sí —dijo lentamente, con coraje contenido—, reconozco haber cometido un error imperdonable. Nunca jamás debí haber subido a esos niños en este coche, porque si poseen esos gérmenes de los que usted se siente tan horrorizada, si sus cuerpos

es-tán cubiertos de harapos, si sus carnes empiezan a mostrar con claridad todas las taras con las que nacieron, por lo menos hay un germen que ahí, en su miseria, en su abandono, en su infinita pobreza, no han adquirido; y de todo ese germen está saturado este coche y seguramente todo lo que usted toca. Ellos morirán de enfermedades sin cuento, de hambre, de frío, de quién sabe cuántas cosas más, pero seguramente morirán más felices que usted.

Empezó a bajar lentamente del automóvil, añadiendo:

—Sus órdenes serán obedecidas. Mañana mismo tendrá usted aquí su carro perfectamente limpio y desinfectado. Y por lo que respecta a enviar la cuenta del mío, no se preocupe. Su dinero también tiene ese germen del que no quiero quedar contagiado. Guárdelo para comprar con él, cuando lo necesite y si puede, aque-llo que ahora le está haciendo falta y para lo cual no le alcanzará todo lo que posee.

Ahora sí estaba enojado seriamente. Me abrió la portezuela y esperó con tranquilidad aparente a que me apeara. Quise herirle, quise responder con ironía, pero las palabras no acudían a mi cerebro. Escuchaba las suyas, aun cuando ya se había callado, y sin encontrar algo mejor, cerré la portezuela con fuerza. Me dirigí hacia la puerta de mi casa, y al llegar al último escalón me volví ha-cia él y, ciega de indignación, le increpé:

—¿Eso es todo lo que tiene que decirme?

—No —respondió avanzando lentamente.

Levanté la cabeza con altanería para hacerle sentir humillado, puesto que lo veía desde un plano superior, y esperé a que continuara hablando, pero él siguió avanzando impasible y, cuando llegó junto a mí, fue él quien, desde su enorme altura que lo si-tuaba junto a la mía, me dijo con una voz cuya inflexión era de infinita lástima:

—Es usted la mujer menos mujer que he conocido.

Cerré los ojos. La sangre se agolpó en mi cabeza y sentí temblar el suelo bajo mis pies. Un remolino enorme empezó a envolverme y me atraía hacia su fondo. Instintivamente alargué la mano para sostenerme de algo. La sangre que se había

acu-mulado en mi cabeza empezó a repartirse poco a poco por mi cara, mi cuello, mis manos. Abrí lentamente los ojos, y con toda la tristeza y el convencimiento que tenía de lo que sería yo siempre, respondí con una voz en la que percibí el sabor de las lágrimas:

—Si hubiera usted elegido con profundo conocimiento del mal que iban a hacerme todas y cada una de sus palabras, no lo habría hecho mejor.

Solté su brazo, de donde me había sostenido instintivamente, y con mano temblorosa abrí la puerta de mi casa y entré.

Aquella fue una de las noches más amargas de mi vida. Sabía que así sería siempre. Sabía que debía acostumbrarme a ello y, sin embargo, aún no podía hacerlo.

Cuando mi doncella fue a buscarme, como de costumbre, a la mañana siguiente, me encontró inmóvil en una silla, pálida, ojerosa, los labios febriles y las manos fuertemente apretadas la una contra la otra. Me tocó la frente, me habló. ¿Qué dijo? No lo sé. Yo no escuchaba, no comprendía. ¡Ojalá también se me hubiera concedido no pensar o no sentir!

Mucho más tarde vi junto a mí a varias personas, entre ellas a Gilberto. Estaba arrepentido, sumamente afligido y lleno de pesar. Se acercaba a mí y me repetía sin cesar:

—Perdóname, chiquita, no sabía que iba a hacerte daño.

Le tomé una mano y se la apreté débilmente, sin mirarlo.

No sé bien si fueron días o solamente horas las que pasé en ese estado, pero una mañana llena de sol, Gilberto se acercó a mí y me suplicó que le permitiera llevarme a dar una vuelta. Comprendí que no podía seguir así. Mi destino era irreparable. Tenía que olvidar aquel percance y volver a ser Patricia Ruiz, la Viuda alegre, la que reía y bromeaba noche a noche y la que levantaba la copa para todo lo que fuera placer, alegría y correr del tiempo.

Accedí y minutos más tarde estaba fuera y ahí, libre frente al sol, respiré trabajosamente. Sentí que Gilberto me tomó del brazo y apoyada en él bajé los pocos escalones que me separaban de la calle.

Repentinamente me detuve. Mi automóvil, aquél por cuya causa había revivido en unas horas todo el horror de mi pasado, estaba ahí, reluciente, limpio, radiante. Me tomé con fuerza del brazo de Gilberto y le pregunté:

—¿Cuándo me lo han regresado?

—Ayer. Perdóname, nena, nunca debí haber permitido que se quedara con él, pero no sabía lo mucho que lo quieres.

—No es eso, Gilberto, no es eso —respondí cansada—. Él debe usarlo, se lo llevaré.

No sabía cómo iba a enfrentarme nuevamente con aquel hombre, pero tenía que hacerlo. Él no sabía, no podía saber por qué era yo así, por qué me conducía de esa manera, y después de todo... tenía razón.

Decidida me senté frente al volante y le pedí a Gilberto su dirección. Minutos más tarde estábamos otra vez frente a frente. Yo debí haber hablado con humildad, pero demasiado tiempo de fingir altanería, indiferencia y orgullo me impedían portarme de otra manera. Además, me detuvo su sonrisa, que me pareció burlona.

—Vine a traerle el carro —dije repentinamente—. Se lo presté y sé cumplir un compromiso, a pesar de no ser más que algo que ni siquiera puede llamarse mujer.

El final de mi frase estaba lleno de ironía y si él hubiera sido un poco observador, habría notado que también tenía inflexiones de amargura.

—Ya no lo necesito, gracias —fue la respuesta—. Precisamente hoy me han entregado el mío.

Sin responder di media vuelta, dolida y molesta de que no comprendiera que quería disculparme. Pero, ¿realmente había sido una disculpa? Me detuve y volví sobre mis pasos. Me chocaba que aquel hombre fuese tan alto, pues al hablar con él tenía que levantar la cara, y me parecía como si estuviese tomando una fotografía desde un plano absolutamente inferior. Lo miré un instante y dije lentamente:

—¿No comprende que vine a disculparme con usted?

—¡Ah, vamos!... ¡era una disculpa! Perdone, creí que me estaba regañando.

—Pues era disculpa —insistí.

Esperé en silencio a que me diese las gracias o, siquiera, a que hiciese un gesto comprensivo para darme a entender que todo aquello estaba olvidado, pero esperé en vano. Tranquilamente me miraba sin mover un sólo músculo de su cara. Me le quedé viendo yo también fijamente. Mi mirada fue haciéndose menos altanera, menos orgullosa, podría decirse que hasta suplicante. De repente me pareció ver en sus ojos una chispa de alegría. Empezó a sonreír débilmente y yo me desconcerté, pero enseguida empecé a sonreír también. Poco a poco nuestra risa se fue haciendo más franca, más sincera, más limpia; y entonces, en plena conciencia de mi pequeñez y de mi insignificancia, supliqué con una voz que ahora sí era humilde:

—Úselo, por favor. Siquiera una vez más, para que me haga sentir menos mala. ¿Quiere?

Todavía esperé unos minutos en los que vi brillar la indecisión. Estiré la mano tímidamente, y poniéndola sobre su brazo pedí:

—No me diga que no.

—Bueno —dijo él—, pero una vez nada más y con la condición de que venga conmigo.

—Acepto —respondí rápidamente, sin darle tiempo a que se arrepintiera.

Al salir agregué:

A las diez lo espero.

—¿Dónde siempre? —preguntó extrañado de que lo citase tan temprano.

—No —respondí—. En mi casa.

Al principio fui una simple espectadora indiferente. Noche tras noche, Alfonso y yo, es decir, el señor Marín y yo, recorríamos las calles más sucias y más abandonadas de México, o las avenidas de día tan transitadas y de noche tan solitarias, cuyo aspecto poco acogedor me hacía estremecer débilmente. Las veía mal alumbradas, tétricas, inhóspitas, y me parecía mentira que fuesen las mismas que horas antes, u horas después, se hallaran llenas de sol, de ruido, de movimiento. Mis sorpresas eran continuas, ¡cuántas cosas en las que no había reparado nunca, a pesar de haber cruzado infinidad de noches, a esa misma hora, por estas avenidas que me parecía ver por vez primera! Desde mi asiento observaba cómo se agachaba Alfonso sobre un cuerpecito aparentemente dormido, cómo lo destapaba quitándole los papeles con los que mal se cubría, papeles arrancados de las carteleras de anuncios de los teatros o de los cines, adonde gente como yo iba a distraer sus ratos de ocio, o bien, ¡oh, ironía!, a adquirir cultura. ¡Con qué ternura los tomaba Alfonso entre sus brazos, con qué suavidad los acomodaba en la parte trasera del automóvil! Casi siempre aquellos cuerpecitos se hallaban acurrucados, quizá por instinto, sobre las coladeras malolientes del drenaje, de donde salía un vaho pestilente y putrefacto, pero que daba calor, un calor del todo insuficiente, ya que se les recogía ateridos de frío. No fueron pocas las veces que le vi levantar alguno, quedarse indeciso con él en los brazos durante algunos minutos, para volver a colocarlo en el suelo y regresar en silencio junto a mí. La primera vez que lo hizo, lo recibí con una mirada interrogante. Dudó unos minutos y, pisando el acelerador con lentitud, me respondió aparentando indiferencia:

—Ése ya no necesita abrigo. Duerme un sueño en el que ya nunca tendrá frío.

Un estremecimiento, que no era precisamente de frío, me recorrió al escucharlo.

—¡Qué horrible! —murmuré y, al cabo de algunos minutos, añadí—: Usted pensará que soy mala, muy mala, pero ¿sabe?, no



soporto la miseria. No puedo verla junto a mí. Algunas veces pienso que podría hacer algo por los que viven así, ayudar a los que lo necesitan, pero después me convengo de que sería inútil. Para ellos ya es un hábito vivir así. Se puede luchar, y luchar por ayudarlos, y ellos siempre volverán a lo mismo.

—¡Tal vez! —respondió él—. Tal vez sea, como usted dice, un hábito, o tal vez sea cómo se trata de ayudarles. Le aseguro a usted que debe tener más valor para ellos una sonrisa de comprensión o una palabra de aliento en el momento en que necesitan ayuda, que un billete entregado fría e indiferentemente.

—Puede ser —comenté—. Hay quienes no sabemos hacer la caridad como se debe, pero créame, a mí me da miedo acercarme al hambre. La suciedad que trae consigo la miseria me asquea y me repugna.

—¿Usted nunca ha sido pobre? —preguntó él lentamente y sin prestar mucha atención a mi respuesta, pues en ese momento había descubierto otro pequeño bulto arrinconado en el quicio de una puerta.

Iba a decir algo, pero sin saber cómo, Luma puso en mis labios una respuesta que me estremeció:

—¿De dinero? ¡No, nunca he sido pobre!

Me alegré de que Alfonso no me hubiera escuchado. Habría sido muy difícil para mí explicar aquella respuesta.

Por lo regular, en aquellos viajes nocturnos, que ya se estaban volviendo costumbre, platicábamos de cosas sin importancia y hasta nos permitíamos el lujo de hacer uno que otro chiste. Poco a poco me había ido acostumbrando a ver a aquellos niños con menos horror, con menos repugnancia. Repugnancia que Alfonso había comprendido, por lo que discretamente no llegó a acomodar a ninguno de ellos junto a mí. Yo los miraba desde el asiento delantero. Los miraba irse amontonando, dormidos o somnolientos, nada más. Algunas veces sus ojillos se fijaban con curiosidad en mí, curiosidad en la que veía mezclado un poco de temor. Yo trataba de sonreírles,

pero no podía. Me daban lástima, me daban miedo, sin saber por qué, y no encontraba la actitud correcta ante sus miradas. Me sentía más pequeña, más insignificante y me avergonzaban mi abrigo de pieles, mis alhajas, hasta mi perfume y mi maquillaje. Estrechaba nerviosa mis manos, pareciéndome que el fulgor de las piedras preciosas de mis anillos les hería en los ojos. ¡No sabía qué hacer! Cuando Alfonso volvía junto a mí, me sentía más tranquila y más segura, pero también más insignificante. ¡Le veían a él de tan distinta manera! Como algo propio. ¡Y él también estaba vestido con elegancia! Yo sabía conocer lo que cuesta esa aparente sencillez de un buen traje. Sentía que él poseía en bienes materiales tanto o más que yo, pero en él aquello parecía natural y no un estorbo, como en mí.

En una ocasión comenté locamente, sin saber por qué:

—¿No siente usted asco al cargarlos tan estrechamente junto a sí? ¿No se ha fijado cómo tienen el cuerpo? ¿Y la ropa? ¡Mire esas costras de mugre, con infecciones mal cicatrizadas! ¡Mire cómo les caminan los animales en la ropa, en el cuello! ¡Mire cómo se rascan! ¡Y esos cabellos enmarañados y pegajosos de mugre! ¡Nada más de verlos siento horror!

—Yo también —respondió él, mirándolos amorosamente—. Siento horror al pensar que si así tienen el cuerpo, ¿cómo tendrán el alma! Que si así están sus ropas y sus cabellos, y sus carnechas, que deberían ser tersas y suaves, ¿cómo no tendrán de asperezas, de grietas y de heridas mal cicatrizadas en el cerebro, en los sentimientos, en el corazón? ¡Es para dar horror!, la comprendo muy bien. El hambre de cariño, la sed de ternura que no pueden saciar, es peor que el hambre y la sed física. Son tan pequeños... y le aseguro que ya saben tanto de culpas y de miserias, de humillaciones, de privaciones y de tantas amarguras más. Siento horror, se lo aseguro.

Un diálogo se desarrollaba ya en mi cerebro. Luma decía con enojo: “¡Sí, mucho hay de eso, pero mucho hay de culpabilidad en sí mismos! Son seres sin deseos de mejorar, sin ambiciones para el futuro. Si se les tiende la mano tratando de ayudarlos, sólo se recibe

como respuesta, una mordida o una maldad”.

“¡Tienes razón! —respondí mentalmente—. No vale la pena sufrir observando todo esto. No podré continuar más tiempo viéndolo. Por un momento me distrajo de lo que me ha martirizado tenazmente tanto tiempo, pero ahora veo claro. Ellos sufren, yo también. ¡Y no tengo culpa en ello! Soy inocente y he pagado un precio muy alto, ¿por qué ellos no han de sufrir? ¿Qué ventajas tienen sobre mí?”

Y en voz alta, sin recordar que no estaba sola, dije con coraje:

—¡Tal vez lo merecen!

—¡Tal vez! —me respondió.

Me volví lentamente hacia Alfonso y con rabia le argüí:

—Todos sufrimos en la vida. Unos más y otros menos. Unos con razón y otros sin ella. ¿Por qué me voy a compadecer de otros cuando, quizás, al necesitarlo yo, nadie se ha compadecido de mí?

—En la vida —dijo él—, todo es consecuencia de nuestros propios actos, pero cuando se empieza a vivir, ¿qué consecuencia puede haber de algo que no se ha realizado?

—Entonces —pregunté aún con coraje—, ¿usted cree que ellos no tienen ninguna culpa?

—Solamente la de haber nacido —respondió—, y que yo sepa, hasta hoy, para nacer no se le ha pedido permiso a nadie.

—¡Tal vez nacer sea ya una culpa! —comenté con amargura, y añadí, tratando de justificar todos mis anteriores comentarios—: ¡Sea como sea, juzgo morboso atormentarse viendo todo esto continuamente!

—Sí —dijo Alfonso—, es morboso verlo nada más por ver y no poner algo de nuestra voluntad, no hacer un pequeño esfuerzo para remediarlo.

—Pero, vamos a ver —continué, ahora más serena—, ¿qué consigue usted con esto que hace? Esos niños deben tener una casa, unos padres u otros parientes. Durante el día estarán en alguna otra parte, no siempre han de andar en la calle. ¿Qué remedia usted con recogerlos por la noche y meterlos en tal o cual lugar, durante unas

cuantas horas, cuando en tantas más que tiene el día no sabe usted dónde están ni qué hacen?

—¿Usted no sabe lo que hacen de día? —preguntó ahora él—. ¿No sabe a lo que se dedican?

—¿Usted sí? —inquirí curiosa.

—Yo sí —respondió lentamente y como con pena.

—¡Pues dígamelo! —apremié.

Por unos momentos me vio, indeciso, y de repente decidió:

—Sería mejor que lo viera. Llevaremos a estos niños al dormitorio y después la llevaré a tomar algo que le dé fuerzas y le permita ver tranquila el amanecer de la ciudad. Se me figura —añadió sonriendo con malicia— que hace mucho tiempo que usted no ve amanecer al mundo.

Sonreí yo también y, sin saber por qué, un diablillo empezó a fraguar un gesto de coquetería que se pintó en mi cara.

—Será interesante, sobre todo si lo vemos desde un punto estratégico, un mirador en la carretera o algún lugar campestre no estaría mal...

Inmediatamente me arrepentí de lo dicho. ¿Qué pensaría de mí? Hasta hoy nunca había imaginado encontrarme sola con un hombre, viendo amanecer en un lugar como el que había dicho. ¡Y mucho menos en proponerlo yo! Temblé un minuto ante aquella audacia inconsciente y esperé en silencio, pero él se volvió sonriendo con inocencia, real o fingida, y me aclaró:

—No dije ver amanecer el día, sino ver amanecer el mundo. —Y añadió más serio—: Lo veremos desde un lugar estratégico, completamente estratégico, se lo aseguro.

Sonreí tranquila y me prometí en silencio y solemnemente cuidarme para no cometer otra tontería como la anterior.

¡Y, efectivamente, vimos amanecer el mundo!

Después de haber tomado un reconfortante consomé de pollo en los famosos Caldos de Indianilla, estacionó Alfonso el automóvil en una calle situada en el mismo corazón de la ciudad, muy cerca del mercado de La Merced. Yo lo observaba en silencio. Lo vi recos-

tarse indolentemente en el respaldo del asiento y, cerrando los ojos con cansancio, mover los labios despacio, como si ello le costara un gran esfuerzo.

“Se lo puedo describir aun sin verlo” —decía suavemente, como en un murmullo.

Sentí que algo muy especial empezaba a envolverme. Como si estuviera en el umbral de un cuarto oscuro que se iluminaría de un momento a otro para mostrarme algo que había ahí, y que yo temía y deseaba conocer al mismo tiempo. Sentía una tensión especial en todo mi cuerpo y procuraba contener la respiración para escuchar sin perder una sola sílaba. ¿Por qué me interesaba tanto? ¿Era quizás ese algo indefinible que adiviné repentinamente en Alfonso? De pronto se me descubrió en él un personaje diferente que hasta hoy no había visto. De aquel Alfonso tranquilo, sonriente, incansable, irónico y algunas veces humorista, no quedaba nada. Tenía ante mí a un hombre cansado, deshecho físicamente, con una apariencia de amargura y derrota que me oprimió íntimamente, sin saber por qué. Sus frases eran duras y secas. Con la cabeza reclinada hacia atrás, los ojos entrecerrados y en la boca un rictus de dolor, le oí decir:

“No necesito verlo de nuevo para describírselo. Me he detenido tantas veces a observarlos pensando: ¿cómo es posible que en pleno siglo XX, en una ciudad que se llama civilizada y culta, y en un pueblo que presume de ambas cosas, pueda pasar todo esto? ¡Véalos usted!, ¡véalos pasar! Ahí van, tiritando de frío, con las camisitas rasgadas, los pantalones rotos y las manitas tratando de resguardarse dentro de algo que fue bolsa. Véalos encorvados y somnolientos aún. Como usted me los describía hace un rato: harapientos, con las cabezas enmarañadas y pegajosas de suciedad y de polvo, pero algunos van silbando ya, tarareando la canción de moda. Restregándose sus ojillos lagañosos, porque aún tienen sueño, pero ya es hora de ver claro. De ver antes que otro lo que se tiene que ver: dónde pueden robar una fruta o alguna otra cosa de comer o dónde hay alguna forma posible de ganar unos centavos. Ahí los tiene

ahora: cargando bultos inmensamente pesados para sus frágiles y anémicos cuerpecitos, que enfermos y lacerados, llenos de costras y llagas, sudan y hacen esfuerzos inauditos para seguir adelante. Mastican un pedazo de pan, una verdura cruda o una fruta medio podrida y siguen adelante.”

Yo lo escuchaba absorta y asombrada y él, sin darse cuenta de mis pensamientos, continuaba hablando:

“Y cuando por fin llegan a su destino, son detenidos en la puerta. ¡No pueden pasar más adelante porque están demasiado sucios o porque se teme que se roben algo! Y ahí se les paga. ¿Qué se les paga? La moneda más pequeña que es posible dar. Es demasiado pequeño para darle más. No importa que el bulto fuese demasiado grande para esa misma pequeñez, no importa que haya dejado marcas o heridas en ese cuerpo sucio o miserable. No importa que hayan hecho el trabajo de un hombre, es un chiquillo y no se le puede dar la paga que percibiría un hombre... y ahí regresa a buscar otra carga, y otra, y otra más, hasta completar lo que pudo haber ganado en menos tiempo, y con menor esfuerzo, un hombre. Pero ¿qué importa que termine exhausto, qué importa que en vez de haber ganado ese día algo más en la vida, tenga algo menos? ¡No importa! Es tan sólo un chiquillo sucio y harapiento, un chiquillo miserable, tan miserable como ese otro que vende billetes de lotería. Como ése que apenas sabe hablar, cuyos labios han pronunciado muy escasamente la palabra mamá, pero que sí sabe decir en forma clara: ‘Llévese este huerfanito. Es el de la suerte!’

“¿Cuántas veces me he detenido a pensar —continuaba Alfonso con un dejo de amargura— que el de la suerte sería él, si yo pudiera llevármelo? Y ese otro, el que con voz desentonada y temblorosa canta en la puerta de los teatros y de los cines... Y el que se pone de cabeza sobre una cachucha vieja y mugrosa y permanece ahí, con los pies hacia arriba, minutos y minutos, interminables minutos, esperando ver caer unas pocas monedas. ¡Yo los he visto! Los he visto llegar a la humillación espantosa de limpiar con un trapo

los zapatos del asiduo cliente cinematográfico para que le dé una moneda, que no dura en sus manos más que unos instantes, pues le es recogida con apremio y en forma brusca; y cuando no se la quitan, cuando ya se liberó de aquella explotación, entonces la usa, en esa tierna edad, para satisfacer un vicio. Porque eso sí, ¡tienen vicios! Están faltos de muchas otras cosas. Muchas más, no se les ha podido enseñar, por ejemplo. No saben leer, no saben escribir, no saben ganarse honrada y fácilmente la vida, pe-ro nunca falta, ¡nunca!, quien les enseñe un vicio, quien se aproveche de ellos para gozarse, ahora sí morbosamente, en hacerles perder una inocencia y una ingenuidad que conservan escasamente por unos cuantos años de su vida y cuyo arrebató produce, en ese alguien que nunca falta, el goce supremo de su maldad y de su vicio. Y ahí los tiene, vendiendo periódicos, robando, diciendo palabras soeces o pidiendo limosna. Y entre éstos, los mutilados, los que causan más lástima, los que dan más repugnancia, a los que se les da más rápidamente para perderlos de vista, porque no es posible verlos durante mucho tiempo sin sentirse mal. ¡Éste es su principio! Y aún nos espantamos de su fin. Éste es el comienzo para ellos. Es así, ¡así!, como en ellos comienza la vida.”

La voz, aquella voz que había sido mi obsesión desde nuestro primer encuentro, había pasado en esos escasos momentos por todos los matices imaginables. La había escuchado cansada, llena de amargura, llena de odio, iracunda, rencorosa, y terminar débil y enfermiza.

Yo había ido observando lo que él describiera sin ver y, por vez primera desde mucho tiempo atrás, veía a los niños que pasaban junto a mí sin enojo y sin rencor. Por primera vez comprendí que eran víctimas, víctimas inocentes, como yo. Comprendí que aquella eterna discusión de los sabios entre la herencia y el medio era inútil aquí, donde ambas cosas se unían para negarles a estos pequeños seres el derecho más sagrado, el derecho más justo: el derecho de vivir.

Me volví, angustiada, temerosa de no encontrar las palabras

adecuadas para responder a lo que veía y a todo lo que había oído, pero la voz murió en mis labios al ver frente a frente a un hombre que se había olvidado de mi presencia, que no me veía, que no me sentía, que ni siquiera recordaba que yo hubiera existido alguna vez y que, reclinado con un cansancio infinito en el asiento del automóvil, con los ojos entrecerrados y en los que se veía brillar algo húmedo entre las pestañas, repetía débilmente: "¡Así, así comienza la vida para ellos!"

## VII

Terminaba el mes de enero. La noche era más fría de lo que habían sido las anteriores. Arropada en mi abrigo de pieles y reclinada indolentemente en el respaldo del asiento, observaba como siempre, con curiosidad exenta de extrañeza, los movimientos de Alfonso. Comprendía que mi presencia era para él, en esas noches, una ayuda, y me había impuesto a mí misma la tarea de proporcionársela.

Caminábamos por una avenida bastante iluminada, rodando lentamente, buscando siempre, buscando a aquellos que nunca dejábamos de encontrar, cobijados en los dinteles de las puertas o acurrucados sobre aquellas coladeras fétidas. De repente, Alfonso se detuvo frente a la puerta de una panadería, de las de postín. Calmadamente abrió la puerta y se apeó. Había observado a un chiquillo arrinconado contra la cortina de fierro de aquel establecimiento, las piernecitas encogidas y la cabeza escondida entre las rodillas; tiritaba apretándose las piernas con los brazos. Alfonso quiso tomarlo entre los suyos, pero como un animalito salvaje al que se sorprende en el momento más inesperado, el chiquillo pegó un brinco y se escabulló. Alfonso trató de asirlo y él empezó a debatirse entre sus brazos con fuerza. Yo observaba esto con enojo. Me parecía incomprensible que esos chiquillos callejeros se resistieran a ser conducidos, en un automóvil mullido y acogedor, a un lugar tibio y agradable donde



dormir. ¡No lo entendía! Antes nos había sucedido esto infinidad de veces, pero Alfonso tenía unas dotes especiales de convencimiento para terminar llevándolos a donde él quería. Sin embargo, en esta ocasión, le vi luchar desesperadamente, sin alcanzar nada. Le vi accionar y hablar, y al niño continuar resistiéndose. De repente vi en Alfonso un gesto de impaciencia: lo tomó con fuerza en sus brazos y trató de acomodarlo dentro del coche.

—¡Estáte quieta, fierecilla! No puedo dejarte en una noche como ésta, en este lugar morirás de frío. Volverás mañana, a la hora que quieras, pero por lo menos será de día y las personas que pasen podrán verte en caso de que te ocurriera algo.

El chiquillo se debatía furiosamente entre sus brazos, emitía pequeños gruñidos y gritos de rebeldía mezclados con palabras incoherentes. De repente, agachándose, mordió en un brazo a Alfonso que, ante esa acometida inesperada, aflojó por un momento el estrecho cerco, lo que dio oportunidad al pequeño para salir corriendo hacia la esquina más cercana. Alfonso corrió tras él; y yo, sin saber por qué, me sentí impulsada a bajar del automóvil y situarme junto a ellos. Vi a Alfonso enojado y comprendí que no habría poder humano que lo hiciera desistir de llevarse a dormir a aquel chiquillo a algún refugio donde no muriese de frío. Comprendí también que aquel niño estaba dispuesto a no dejarse conducir. En el momento en que Alfonso le dio alcance y lo detuvo de un brazo, el niño alzó la cara y vi brillar en sus ojos una mirada de odio tal que grité:

—¡No, Alfonso!, ¡por la fuerza no! ¡Espérate!

Él lo sostuvo con más fuerza y se volvió hacia mí asombrado, tanto de verme junto a ellos como de aquel tuteo inesperado que yo había usado inconscientemente. Dulcifiqué el tono de mi voz y aclaré:

—¡Por algo no querrá ir! Déjame hablar con él.

El niño había bajado los ojos y miraba obstinadamente hacia el suelo. Seguí su mirada y encontré sus piecitos descalzos, en los que las grietas sangrantes por el frío mostraban heridas como de

alguien que ha caminado mucho. Aquellos pequeños pies se apretaban uno contra otro, avergonzados, sintiéndose indefensos para esconder su miseria. Por un instante olvidé mi horror instintivo hacia aquella miseria, las piernas se me doblaron y, sin saber cómo, me vi arrodillada junto a él, mi cara cerca de la suya, mis ojos fijos con insistencia en su rostro. Le tomé la barbilla suavemente y le hice levantar más su carita. Me miró huraño y temeroso.

—¿No quieres ir con nosotros? —le pregunté, procurando usar el tono más dulce del que era capaz—. Te vamos a llevar a un lugar donde dormirás calentito y abrigado. Te daremos una cobijita para que puedas cubrirte y una taza de café para que te calientes. Y mañana, a la hora que tú quieras, podrás salir de ahí. No venimos a detenerte. Si tienes miedo de venir con nosotros porque has hecho algo malo, no lo tengas. Solamente queremos que no te quedes aquí en el frío, te haría daño. Ven, ven con nosotros.

No respondió. Le vi bajar nuevamente los ojos e insistí:

—¿Por qué no quieres venir? ¿Vives por aquí cerca? ¿Estás esperando a alguien?

Durante algunos instantes esperé a que me respondiera algo, pero fue inútil. Volví a insistir, con suavidad, con toda la ternura de que fue capaz mi alma atormentada años y años por una soledad que nunca podría remediar, a la que estaba eternamente condenada:

—¿No quieres venir con nosotros? ¡Dime siquiera eso!, ¿quieres?

Movió la cabecita de un lado para otro.

—Dime por qué no quieres —insistí—. Te prometo que si me lo dices, no te llevaremos por la fuerza.

Por fin levantó hacia mí su mirada, con desconfianza. Le miré yo también fijamente, y tomándole con cariño una de sus manitas sucias y rasposas, que temblaba de miedo y de frío, se la apreté sonriendo.

—Te lo prometo —asegué.

Aún dudó unos instantes, aún le vi vacilar y despegar sus labios como tratando de encontrar las palabras que le librarían de

ser conducido por la fuerza. Todo mi ser estaba en tensión por el esfuerzo que hacía para escuchar lo que murmuré, en forma casi imperceptible:

—Dímelo —insistí—. Necesito saberlo. No tengas miedo.

—Aquí —dijo volviendo su cabecita hacia la puerta donde lo habíamos encontrado cobijado— tiran los desperdicios del pan muy temprano. Si me voy, me la ganan otros o se los comerán los perros.

Todo había esperado oír, menos aquello. Algo subió a mi garganta y la oprimió con fuerza. Mis sienes latieron en tal forma, que me hicieron escuchar un sonido agudo que no me permitía entender claramente lo que había oído. Un estremecimiento de horror me sacudió, un escalofrío que semejaba el acercamiento de la muerte. Estiré impulsivamente los brazos, y lo que pensé que no sucedería nunca en mí, sucedió, sin saber cómo. De repente me encontré estrechando entre ellos a un niño, un cuerpecito enfermo, sucio y miserable, que no era más que el cuerpo de un niño. No sé por cuánto tiempo lo estreché contra mí. No sé cómo fue que mis manos se tendieron para acariciarlo con dulzura; no sé por qué lloré. Sólo recuerdo que cuando levanté los ojos hacia el cielo, como reclamando la razón de aquella injusticia, me encontré dos ojos claros, fijos con asombro en mí. Dos pupilas que, con mirada dulce y acariciante nos cobijaban por igual a mí y al niño.

—No es justo, Alfonso —le dije—. ¡Ahora sé que no es justo! He sido mala, egoísta, inconsciente, pero haré algo. ¡Te juro que haré algo! Ellos no deben pagar a este precio una vida que no pidieron. Una vida que debía haberles sido negada, si la iban a vivir así. ¡Ayúdame a llevarlo conmigo! No podemos dejarlo, no debemos dejarlos que continúen así. ¡Hay que hacer algo y hay que hacerlo pronto! ¡Hagámoslo juntos!

Cuando minutos más tarde me encontré nuevamente dentro del automóvil, con aquel chiquillo cobijado aún entre mis brazos, comprendí que una nueva ruta se había abierto en mi vida. Alfonso

me veía asombrado. Su mirada era de interrogación, pero sus labios callaban discretamente. Yo sabía que le debía esa aclaración. Y no se la debía nada más que por un sólo motivo, porque me había enamorado de aquel hombre, y era el primer amor real de mi vida. Sabía que nunca lograría su amor, y que si lo lograba, sería peor mi sufrimiento. Y, sin embargo, debía decírselo, aunque nunca volviera a verlo, aunque se alejara de mí. Era el único al que podría contarle todo aquello, porque tenía que justificarme ante él. Tenía que explicar aquella actitud extraña de egoísmo y crueldad con la que me había conocido y que siempre había adoptado cerca de él.

El niño dormía en mis brazos. Después de aquel minuto en que el niño me había hecho la confesión de su resistencia, Alfonso le había prometido que si venía con nosotros, él le daría el pan que no iba a recoger de la basura al día siguiente y otras cosas, que le iban a gustar mucho más aún. Ahora lo tenía conmigo. Le prometí no abandonarlo, haría algo para que nunca más recogiera alimentos en esa forma. Investigaría de dónde venía, quién era, por qué tenía necesidad de ganar el pan así. Inconscientemente hacía carros en la cabecita ensortijada, alborotada y sucia. Tenía unas enormes pestañas que le daban a los ojos unas sombras que me parecían de muerte. De pronto, sentí sobre mi mano otra mano tibia y fuerte. No tuve necesidad de volverme hacia él para saber que Alfonso me miraba con ternura. Sentía esa mirada acariciándome, la sentía sobre mí, dándome el mismo calor que me daba mi costoso abrigo de pieles, pero tuve miedo de voltear hacia él, y tuve miedo también de retirar mi mano. Una pregunta brotó de sus labios y yo cerré los ojos:

—¿Por qué, Patricia, por qué? —inquiría él—. Nunca los habías tocado, nunca te habías acercado a ellos, aun cuando infinidad de veces te vi deseosa de hacerlo. Te vi luchar y resistirte para no co-bijarlos como lo haces en este momento. ¿Por qué, Patricia? En una mujer eso es un don, no es un defecto. ¡No te avergüences de tener un sentimiento maternal! ¿No sabes que Gabriela Mistral dijo que “toda mujer, porque Dios lo ha querido, dentro del seno lleva

un hijo dormido". Ellos deben ser para ti como la realización de ese hijo que algún día tendrás. ¿Por qué los rechazas? ¿Por qué?

Cada palabra, cada frase, me hería más y más adentro. Sentía dentro de mí algo que se hacía tan grande y tan inmenso que me impedía hablar y que iba subiendo poco a poco, hasta ahogarme. Quise que las palabras fluyesen, quise hablar para quedar libre de una vez y para siempre desahogando aquella amargura de tantos años. Si yo hablara ahora... Si yo pudiese decirlo todo... Estoy segura de que por fin viviría tranquila. Ya no tendría ese terrible secreto que ahora me ahogaba hasta matarme, hasta aniquilarme. No volvería a pasar aquellas terribles noches de insomnio, no seguiría sumida en esas tinieblas heladas que me rodeaban, como ahora. Como en ese momento, en que poco a poco me hundía entre ellas, en que poco a poco iban haciendo que me olvidara de quién era yo.

Como un rumor escuché de nuevo la voz de Alfonso, lejana, apenas perceptible, quizá fue sólo figuración mía, pues me parecía oírle decir:

—¡Patricia, amor mío, perdóname! No quise herirte, no quise lastimarte. Por favor, vuelve en ti.

Y sus manos acariciaban con dulzura mi rostro, en el que, seguramente, no había ya vestigio de color, ni una sola gota de sangre, porque yo me estaba desvaneciendo.

## VIII

El tiempo seguía su inexorable marcha. Alfonso sabía que yo lo amaba y, sin embargo, aquello que se atravesaba entre nosotros y que yo aún no podía pronunciar con palabras, le impedía hacerme partícipe de sus sentimientos y lo obligaba, con caballerosidad, a aparentar que ignoraba los míos. Nuestras pláticas en el recorrido acostumbrado eran cada vez más gratas y más comprensivas. Tratábamos de encontrar la forma de resolver los problemas de aquellos

chiquillos desarrapados, de aquella niñez desvalida de México.

—¿No crees —preguntaba yo— que se podría hacer algo más por ellos? ¿Por qué no librarlos de todo lo que pesa sobre su corta existencia? ¿Por qué no luchar para que vivan como lo que son, como niños?

—Mucho se ha hecho ya —me explicaba Alfonso—, pero mucho falta aún por hacerse.

—Pero ¿qué se hace por ellos? —replicaba yo.

—Si estás dispuesta a hacer una pequeña excursión conmigo, te mostraré el reverso de lo que hasta ahora has visto. Créeme que no necesitan mucho para volver a su ambiente infantil, para ser lo que tú dices que deben ser: solamente niños.

Planeamos el día de la excursión. Llegó al fin y parecía que la mañana y yo nos habíamos puesto de acuerdo para olvidar todo lo que no fuera felicidad y alegría. El sol era radiante y la mañana feliz. Cuando salimos de casa, yo misma parecía la encarnación de la juventud y de la dicha. Mi vestido, inmaculadamente blanco, me hacía sentir joven, buena y hasta feliz. Mucho esperaba de aquel paseo, pero mis ilusiones fueron pequeñas comparadas con la realidad. Cuando llegó la tarde, y por la prosaica necesidad de tomar nuestros alimentos tuvimos que volver, aún no salía de mi asombro. Habíamos visitado diferentes servicios de instituciones propias para niños, y no sabía cuál me había asombrado más: si aquellos asilos para niños huérfanos o los hogares sustitutos, donde de seis en seis, formaban pequeñas familias improvisadas que suplían lo que aquellos huérfanos de hogar, de padres y de cariño, necesitaban.

Donde mi asombro fue infinito, fue en el Centro de Recuperación Infantil. Al verme frente aquellas criaturas, convalecientes de diferentes enfermedades, algunos con aparatos ortopédicos, otros enyesados, los más con un aspecto de desnutrición y anemia terribles, pregunté:

—¿De dónde vienen?

Y la voz pausada y tranquila de una hermanita de la caridad, cuyo

hábito de la Hermandad de San Vicente de Paul le daba un aspecto de mayor dulzura, me respondió:

—De distintos hospitales. Como son insuficientes para albergar a la cantidad de niños que solicitan ingreso en ellos, cuando ya han sido operados o tratados en la fase crítica, es necesario desalojarlos para dar cabida a los enfermos de urgencias, y entonces nos hallamos ante un problema enorme: ha pasado el peligro de las operaciones o del tratamiento más urgente, pero ¿cómo enviarlos a sus hogares, cuando en ellos vendría seguramente una recaída mortal? ¿Cómo mandarlos a convalecer a sus casas, donde no se les podría dar la alimentación y el trato adecuado, puesto que ahí apenas si hay lo suficiente para los requerimientos ínfimos? Imposible dejarlos en el hospital. Imposible enviarlos a sus hogares. Entonces, se crearon estos centros, llamados de Recuperación Infantil, donde con cuidados apropiados, atención médica, medicinas y alimentación adecuada, ayudamos a su recuperación para enviarlos nuevamente a debatirse en la lucha por la vida, en sus hogares pobres y miserables. Pero no solamente les curamos aquí el cuerpo, tratamos también de curarles el alma. Mientras se les va dando fuerza y vigor físico, se va tratando también de inculcarles amor a la vida. Tenemos casos interesantísimos. ¡Venga usted!

Y empezamos a recorrer los dormitorios, las terrazas y el jardín, donde se encontraban encamados, en sillas especiales o en camillas tomando el sol, aquellos cuerpecitos que poco a poco iban volviendo a la vida.

—Mire usted —me decía la hermana, señalándome a un pequeño contrahecho, y cuya cara de dulzura y ojos profundamente negros y de una belleza asombrosa, hacía un contraste llamativo con su figura extraña. Ese jorobadito que ve usted ahí, cuya estatura no pasa de noventa centímetros y cuyo físico es en general desagradable, si lo observa con cuidado, se puede comprender toda la tristeza que encierra en esos enormes ojazos. Es producto de doce años recorriendo hospitales y de seis operaciones infructuosas. Nunca

será un niño normal, pero aquí ha aprendido a ser útil. Él sabe que nos es indispensable. Sabe que es el único medio que tenemos para entendernos con los nuevos, con los que acaban de llegar. Gracias a él, poco a poco sienten confianza y van siendo menos desgraciados, sintiéndose hasta felices gracias a ese pequeño amigo que han encontrado aquí, a este pequeño contrahecho que les hace pensar que si él es feliz, ¿por qué no habrían de serlo ellos, que ya casi están sanos?

“Las flores más bellas que ponemos diariamente ante el pequeño altar de nuestro oratorio son las que él cultiva, las que él mismo corta. Los niños que empiezan a andar aquí son los que en él se apoyan. Y es la muestra más firme y más palpable de que aquí nadie es inútil, de que aquí nadie sale sobrando.”

Lentamente recorriamos, junto a la hermana, aquel refugio de amor, deteniéndonos al pie de las camas o junto al respaldo de las sillas de los convalecientes, donde escuchábamos historias impresionantes o detalles aparentemente sin importancia, pero que encerraban toda una vida.

—Ahí tiene usted a nuestro pequeño Javier —dijo la hermana mostrándonos a uno de ellos—. De todos nuestros niños, de los reunidos aquí y de los que ya se han ido, ha sido el más pequeño que hemos tenido. Tiene tan sólo dos años. Antes de cumplir su primer año de vida fue atacado por una terrible ostiomielitis. Hubo necesidad de hacerle injertos de hueso, que es una de las operaciones más molestas y dolorosas dentro de la rama ortopédica. ¿Qué sabía él de lo que era reír, de lo que era jugar, de lo que era algo que significara gusto? Todo en su despertar hacia la vida fueron taladros, inyecciones, astillas de huesos tomadas de un lado para ser injertadas en otro, anestesias continuas, aparatos de yeso, tomas de temperatura, pastillas, cucharadas y tantas y tantas cosas más. Aquí hemos logrado que sepa lo que es ver, en vez del techo melancólico y monótono de un hospital, la carita risueña de un payaso de juguete colocado a los pies de su cama. Aquí ha sabido lo



que es tomar un dulce después del amargor de una pastilla o de una cucharada. Casi creo que ha llegado a desear que sea la hora de tomar sus medicinas, porque sabe que después recibirá la recompensa de ese dulce. Y ahí, ante las piruetas cómicas y los gestos jocosos de aquel jorobadito, hemos escuchado por primera vez sus carcajadas.

Salimos al jardín, el pasto tierno y húmedo de rocío, convidaba a rodarse, como aquellos chiquillos, sobre él. Sin poder hacer ningún comentario sobre todo lo que habíamos visto y escuchado, me limitaba a seguir captando ávidamente las palabras de nuestra dulce acompañante.

—Para las que llegamos a organizar este centro, hace como cinco años aproximadamente, son un recuerdo, mezcla indefinible de gratitud y de amargura, los primeros días de internación de nuestros niños. A veces un silencio abrumador, otras, un llanto de cuando en cuando, y las más, quejidos que se escuchaban con demasiada frecuencia. Pero a los pocos días ya tenían una maestra. Las clases se les impartían en el jardín bajo la sombra de los árboles o bajo los fuertes rayos del sol, que penetrando en sus heridas recién curadas les iban proporcionando salud y vida. Ya no sentían aquella molestia del quemante sol, indispensable para ellos, porque lo tomaban escuchando un cuento o una leyenda, tan interesante, que les hacía olvidar las torturas de su pielecita bajo aquellos rayos terribles. Las niñas fueron felices durante horas incontables frente al fogón de la cocina, ayudando a pelar verduras o a preparar sencillos guisos. Otras veces, las vimos un tiempo interminable, sentaditas en sus sillas de ruedas, ante una casita de muñecas en la que nunca les faltaba quehacer. Los niños no podrán olvidar que varias veces la comida fue una fiesta, porque las verduras, aquellas odiadas verduras que en otras ocasiones se les obligaba a comer, eran misteriosamente ricas, quizá porque las habían cultivado ellos mismos. Así ya nadie recordaba que estaba enfermo. Todos eran útiles, todos se sentían felices.

Continuamos caminando lentamente, pero con un cambio de

voz, en la que se escuchaba una amargura reconcentrada, comentó la hermanita:

—Pero no crea usted que todo fue alegría. Hubo momentos muy duros. Vea usted: esa carita pálida que se observa bajo aquel par de ojos verde mar, de mirada tranquila, pertenecen a nuestro pequeño Alipio. Está condenado a no caminar jamás. La parálisis infantil lo atacó cuando solamente tenía cuatro años. Su padre consideró una vergüenza para su nombre y para su vida tener un hijo inválido y prefirió olvidarse de él, abandonarlo, así como a la madre, y ella, mujer impreparada e inculta, comprendió instintivamente que junto a ella moriría por falta de atención o, tal vez, simplemente de hambre. Fue al Hospital Infantil, volvió una y otra y otra vez, sin encontrar refugio, porque no había cama para alojarlo. Una mañana, sabrá Dios después de cuántas indecisiones, de cuántas luchas consigo misma y de cuántas lágrimas, lo abandonó, dejándolo acostado en una de las banquetas de la sala de espera de este mismo hospital. No hubo otro remedio que recogerlo, que buscarle lugar y ver qué se hacía con él. Se le envió a la casa de cuna y ahí se le fue preparando poco a poco para que tuviera fuerzas y se le pudiera someter a una operación. Más tarde se le llevó al hospital y se le operó. ¡Todo fue un fracaso! Demasiado tarde tal vez o designios de Dios. Nadie lo sabe, pero sí sabemos que él no caminará por sí mismo, ¡nunca! Al principio se arrastraba torpemente por el suelo, más tarde se le pudo poner un aparato. ¡Ése con el que hoy camina! El problema no era el aparato, sino hacer que supiera valerse por sí mismo, sin ayuda de nadie. Nos lo dijo claramente el médico: “Si quieren que este niño sea menos desgraciado, necesitan ayudarlo. Él va a empezar a usar su aparato, pero si lo ven caer, necesitan dejar que se levante solo. Una sola vez que reciba ayuda, y estará perdido para siempre”. Todavía recuerdo la primera vez que se cayó —dijo la hermanita, estremeciéndose en forma imperceptible—. Arreglábamos el jardín y yo, arrodillada frente a una parcela que estábamos preparando para sembrar, escuchaba el ir y venir de sus muletas y el arrastrar del

aparato en sus pies sobre las losas de los caminos en el jardín. “No arrastres los pies —le decía desde mi lugar sin volverme hacia él—. ¡Levántalos, camina!” Y volvía a quedar en silencio, escuchando. De repente solicité de él: “¡Pásame ese bulto de semillas que dejé en el suelo y ven a sembrarlas tú mismo! Ya hice los agujeros donde las vas a colocar”. Su alegría al pensar que iba a ser él quien depositara aquellas semillitas en la tierra fue tan grande, que le hizo volverse rápidamente para alcanzar el sobre de las semillas que le había pedido y perdió el equilibrio. Oí el pesado ruido de su cuerpo al chocar contra el suelo y el golpe seco de las muletas. Mi primer impulso fue correr para levantarlo, pero simultáneamente surgió en mi cerebro la advertencia del doctor: “Una vez que lo ayuden, una sola, y estará perdido”. Crucé mis manos y las estrujé contra mi cuerpo. Cerré los ojos con fuerza y, como si no me hubiera dado cuenta de nada, insistí con voz dura: “¡Date prisa, Alipio, y si no quieres sembrarlas, dámelas para que las siembre yo, ¡pero apúrate!” No me volví hacia él, y sin necesidad de hacerlo comprendí paso a paso todos sus movimientos. Sentí cómo se volteaba torpemente y cómo, arrastrándose y extendiendo sus manitas temblorosas, tomaba nuevamente sus muletas. Hu-bo un momento en que creí que me pediría ayuda. Escuché su respiración jadeante, me parecía ver su boquita entreabierta y reseca, su barbita temblorosa, y después... nada. Minutos angustiosos de un silencio agobiador. Luego, una vocecita temblorosa y débil que murmuró apenas: “Ya voy, seño, ya voy, pero me caí”. “Pues levántate y tráelas”, dije rápidamente. Y tomando un puño de tierra, lo apreté con fuerza entre mis manos. Oí nuevamente un ruido a mis espaldas. Oí el rechinado del acero del aparato sobre las baldosas y una respiración entrecortada, mientras murmuraba entre dientes: “Ya voy, madre, ya voy”. Algunos minutos más tarde lo tenía junto a mí, estirando su manita en la que estaba el sobre con aquellas semillas que —yo sabía muy bien—, iban a dar las mejores plantas que había visto en toda mi vida.

Nuestra conversación con aquella hermanita de la caridad hu-

quiera sido interminable, pero yo misma la interrumpí, porque no quería borrar de mi mente aquella carita pálida, cuyos ojos verdes me miraban frente a mí durante mucho tiempo, nada más con cerrar mis propios ojos.

Aquel día le tocaba el turno, dentro de nuestro calendario de visitas, a una guardería infantil. Alfonso me explicaba, con voz pausada, cuáles eran sus funciones y cómo se habían fundado y por qué:

—Hace muchos años —dijo—, unas obreras que estaban prestando servicios en una fábrica de hilados y tejidos vieron con extrañeza que una de ellas era llamada a la Gerencia en forma perentoria. ¿Qué le dijeron en ese momento? Nadie lo supo. Sólo lo recordaban que aquella mujer salió dando gritos de horror y corriendo como una loca. La tragedia fue tan espantosa que los periódicos tuvieron margen más que suficiente para hablar de ella días y días. Vivía aquella mujer en una casita de madera, construida por ella misma, en los arrabales de la ciudad. Ahí dejaba a sus dos pequeñas hijas, una de dos años y otra de escasos meses, encerradas para poder ir a trabajar. A la mayorcita la amarraba contra una de las tablas que hacían las veces de pared. ¡Ésa ya no era problema! Le dejaba cerca alguna cosa para que comiera, un pedazo de pan o una poca de agua. A la pequeña le daba de comer antes de marcharse, y bien arropada se quedaba colocada en un cajón, donde esperaba, al principio pacientemente, y más tarde, entre llantos desesperados, a que volviese la madre después de una jornada fatigosa de ocho horas de trabajo, para tomar alimento de nuevo. El día de la tragedia, una persona —qué importa quién fuera— había pasado por ahí cerca y arrojó el cerillo con el que encendiera un cigarro, sin fijarse si se apagaba o no. Cayó aquél cerca de un basurero y empezaron a incendiarse los papeles sucios y los trapos viejos. Poco a poco aquella llamita, al principio débil y tenue, se fue tornando en enorme, y minutos más tarde era una abrasadora hoguera entre la que se veía envuelta la casita de madera que cobijaba a las dos pequeñas. Cómo murieron aquellas niñas es cosa inenarrable; cómo enloqueció aquella madre

desesperada es co-sa imposible de formular con palabras, pero el resultado de la tra-gedia fue que surgió otra mujer, cuyo nombre jamás olvidarán quienes viven en la miseria, y que siendo mujer, con sentimientos tan maternales como si fuese madre, comprendió lo que aquello significaba y fundó el primer internado para hijos de trabajadoras: la Casa Amiga de la Obrera. Empezaba entonces un nuevo siglo, era 1901, y doña Carmen Romero Rubio de Díaz aún se conserva en el recuerdo y en los corazones de todas las mujeres que, mientras trabajan, cobijan en las guarderías infantiles a sus pequeños hijos.

“Pero la tarea no estaba más que comenzada —continuó Alfonso ante mi comprensivo silencio—. Poco a poco fueron surgiendo por todos los lugares de la ciudad, los más apartados, hasta los más miserables, aquellas guarderías infantiles que ahora vamos a visitar. Han sido teatro de múltiples miserias y dolores; se ha visto llegar a ellas, junto con las primeras luces del día, a las madres que arrojando entre sus rebozos a los más pequeños y jalando de una manita aterida de frío a los mayorcitos, medio dormidos aún, los entregan a los amorosos brazos de las niñeras que harán las veces de madres durante todo el día. ¡Y qué fácil es trabajar así! ¡Qué diferente saber que mientras se está ganando el pan de los hijos, éstos están cuidados y no expuestos a accidentes o a adquirir malos hábitos o a contraer enfermedades, e incluso a perderlos en forma más espantosa que la muerte, ya que muchas de ellas, al volver, no los encontraban y no los llegaban a encontrar jamás! No pocas épocas de terror han pasado las madres de México. Hay casos que se cuentan como leyendas, que aún no sabemos si son realidad, como la de aquella mujer de la que se relata que ha-ce muchos años vendía exquisitos tamales, cuya fama provenía más que nada, de lo bien condimentados y por la carne tan exquisita y tierna que utilizaba. Un día, sin embargo, en medio de una fiesta, uno de los convidados extrajo de su boca algo que sintió molesto. No fue poco su horror al contemplar que lo que trataba de masticar era el dedo meñique de la manita de un niño.

Un es-tremecimiento de pánico recorrió a todos los comensales. Se dio aviso inmediato a la policía y ésta pidió que se conservara en la más absoluta reserva todo ello. Días más tarde se leía la noticia con enormes caracteres rojos, en una extra del periódico: la mujer había sido capturada y encontraron en su domicilio un pozo con una enorme cantidad de osamentas infantiles. ¡Se había descubierto también la ropa de infinidad de niños que se habían perdido y no se había podido dar con ellos! No sabemos si aquello fue una leyenda o una realidad, pero sí se supo que, algunos años más tarde, el secuestro de un niño apellidado Bohigas dio margen a que se descubriera que se estaba comerciando con niños de todas las edades, en el corazón mismo de la ciudad. Por doquier se escuchaba de desapariciones misteriosas y hasta se oyó murmurar, en voces demasiado bajas, pero que siempre son escuchadas, la historia de que aquellos niños eran vendidos a las viudas de guerra de tal o cual país, para que pudiesen cobrar mejores pensiones a sus gobiernos. Vimos entonces la verdadera misión de las guarderías infantiles; escuchamos la narración desesperada de las educadoras ante su impotencia para ayudar a las madres que llegaban ante las puertas de esos establecimientos, con gesto suplicante y voz ahogada por las lágrimas, pidiendo que se les cobrase lo que fuese necesario para cuidar ahí a sus hijos mientras ellas se iban a trabajar. La disyuntiva era terrible: o trabajaban para que no muriesen sus hijos de hambre y los abandonaban ante el peligro, o se quedaban cobijándolos para que no les pasara nada y se les exponía a morir entre estertores espantosos por falta de un mendrugo de pan o de un trago de leche que llevarse a la boca. ¡Miles de ni-ños reclamaban ayuda! ¡Miles de madres reclamaban compasión para esos niños! Las guarderías eran insuficientes para cobijarlos a todos. ¡Son demasiado pocas para dar abrigo a todos los que las necesitan! Se han estudiado con cuidado las estadísticas de mor-talidad infantil, se ha visto que desde la fundación de estos bené-ficos establecimientos han bajado en cincuenta por ciento los accidentes, las pérdidas de menores de edad y que el ingreso de

delinquentes infantiles en los centros de regeneración disminuyó también de manera considerable. Existen actualmente, en el Distrito Federal, casi medio ciento de guarderías infantiles, las cuales albergan en ellas un promedio de siete mil niños, pero faltan muchos que reclaman refugio y abrigo, y a los que aún no se les ha podido dar.”

Minutos más tarde estábamos frente a la fachada de una casa limpia sobre cuya puerta lucía radiante y esplendoroso un letrero: Guardería infantil número 19.

Todavía nos detuvimos unos minutos, en los que Alfonso me explicó cómo se recibía a los niños que estaban internados ahí: enfermos, desnutridos, con retardos mentales y taras hereditarias que poco a poco se iban haciendo manifiestas; con hábitos adquiridos debido a esas mismas taras o a malas costumbres de personas sin conciencia que los habían enseñado. La educadora que nos recibió nos aclaró aún muchas cosas más.

—El problema no son solamente ellos —decía—. Lo más terrible, el origen de todos sus problemas, son los padres. Vemos con tristeza que noventa y nueve por ciento de los casos desesperados tienen su origen en los padres. Allí está nuestra labor más pesada. Para que se dé usted cuenta de lo espantoso de esta situación, le mostraré una hoja muy interesante de nuestro Diario.

Tomé entre mis manos con verdadera unción, como si fuera un libro religioso, aquel Diario que se me mostraba con temor de que no pudiese comprenderlo. Y empecé a leer una de aquellas páginas... ¡una de tantas!

Entre todo el grupo, formado por treinta y cinco niños de cuatro y cinco años, hay uno que nos preocupa hondamente. Sus hábitos son terribles para su desarrollo físico. Sus pupilas dilatadas, su alterado sistema nervioso, la forma como tartamudea al hablar y su eterna inquietud nos muestran el peligro de que el principio de una degeneración mental lo lleve hacia un trastorno definitivo, debido al terrible hábito que ha adquirido de masturbarse. No lo hace por maldad, ¡no! Si así

fuera, se ocultaría de nosotros, incluso de sus compañeros, y como los demás niños lo han observado, primero con timidez y con curiosidad más tarde, con un detenimiento peligroso, han empezado a adquirir esa misma mala costumbre. El médico lo ha tratado en forma tenaz y enérgica. Hemos aplicado todos los sistemas posibles para desterrar esto que tanto perjuicio le está causando. Pro-mesas, castigos, premios e incluso amenazas se han probado, con un resultado inútil que nos ha llevado a una conclusión: este hábito lo adquirió el pequeño por un exclusivo motivo: porque lo ve co-mo una cosa natural. ¿Dónde pudo haberlo observado? En la guardería seguramente no. Decididos a salvar a aquella criatura, hicimos las investigaciones del caso y llegamos a la conclusión de que debido a la poca cultura de los padres, este pequeño ser iba derecho a un centro de enajenados mentales. Pertenece el niño a una familia que, viviendo en un miserable jacal, no se conforma con cobijar en él al padre, la madre y nueve hijos, sino que incluso conviven por las noches, en el mismo cuarto y a veces en la misma cama, hasta los animales, que en estas familias por lo regular son tan numerosos co-mo los mismos hijos: perros, gatos, gallinas, marranos y ¡quién sabe cuántos animales más, incluyendo toda clase de parásitos! Dormían acomodados en aquella sola cama y en un petate, que eran las únicas cosas que cabían en aquel cuarto maloliente y completamente fal-to de todo lo que pudiese llamarse higiene. Con todo el tacto que pudo darnos el deseo de no lastimar a una persona poco consciente, pero sí de salvar a un ser que lo necesitaba, le dijimos a la madre:

—Mire usted, señora, su niño está en peligro. En un peligro enorme y queremos ayudarle. Se le van a obsequiar algunas colchonetas para que, acomodándolas en el piso, puedan dormir ahí los pequeños, lejos de usted y de su esposo. Le vamos a obsequiar, además, una pieza de tela para que haga una cortina corrediza entre su cama y el lugar donde se acuestan a dormir los pequeños, con el fin de que ellos no vean, desde ahora, todas aquellas cosas que la vida les irá enseñando a su debido tiempo.

La indignación de aquella mujer no tuvo comparación ni puede ser relatada con las palabras exactas con que la expresó.

—Sepa usted, señorita —dijo, con frases imposibles de repetir—,



que yo no soy arrimada. Soy casada. Y no sé por qué tengo que ocultarme de mis hijos para una cosa que es perfectamente natural y que no es ningún pecado. Y no serán ustedes quienes me digan cómo tengo que vivir en mi casa, ni van a creer que porque le dan a mi hijo una leche aguada y un pan duro, ya nos van a mandar a todos en mi casa.

—Señora, ¡escúchenos, por favor! —aclaramos con toda la paciencia de que pudimos ser capaces—. Es por el bien de su propio hijo.

—¡Por ahí debió haber empezado! —dijo ella—, por entender que es mi hijo y que sólo yo puedo saber qué le enseñe y qué le dejo de enseñar. Si no les parece, ¡pues me lo llevo! Así se podrán jambar su comida que les va a quedar y ponerse bien gordas.

No hubo manera de convencerla. Después de agotar toda clase de argumentos y de esgrimir hasta súplicas, no tuvimos más remedio que resolver con decisión y enojo:

—Pues, señora, o nos ayuda usted a salvar a su hijo de una degeneración segura y de la locura de la que está al borde, o tendremos la pena de quitárselo por medios completamente legales, porque no hay ley que pueda ampararla en la falta que está usted cometiendo con esta vida que se le ha confiado. Está usted no solamente matando poco a poco a esta criatura, sino, lo que es peor, llevándolo a una degeneración mental y a una alteración física por la que muy pronto llegará a ser un demente.

A la mañana siguiente vimos con tristeza que el niño no había asistido a la guardería, y lo que hemos tenido que hacer para librar a aquel pequeño del peligro que significa su propia madre es tan largo y tan pesado, que solamente por salvar esa pequeña vida hemos seguido adelante sin desfallecer. Nuestra experiencia en casos como éste nos ha demostrado que con tenacidad y confianza llegamos, al cabo de los años y al final de luchas constantes, a sentirnos satisfechos, porque hemos triunfado, salvando una vida de tanto horror y de tanta miseria.

La insistencia con que solicité que me permitieran tener conmigo por unos días aquel libro que encerraba el misterio de tantas vidas fue pequeña en palabras, pero inmensa en actitud suplicante. Sin embargo, comprendo que si no hubiera sido por Alfonso, jamás me habrían confiado aquel tesoro que era la vida misma de ese establecimiento, cuyo humilde nombre era "Guardería infantil número 19".

¡Cuántas cosas encontré! Ahí supe cómo se recibía y cómo se trataba a aquellos pequeñitos. Me parecía haber vivido siempre dentro de aquel lugar. Veía todos y cada uno de los sitios por donde pasaban los niños al ser recibidos. Aquí estaba la oficina de la trabajadora social, donde se les hacía un detenido estudio sobre su situación dentro del hogar, sobre cómo vivían los padres y sobre los medios con que contaban, cuántos hermanitos eran, qué enfermedades habían padecido, cuál era el medio en que vivían, cómo se han ido desarrollando, etcétera. Y después de completar aquella investigación social, pasaban al Departamento Médico, en cuya enfermería, equipada con modestia, pero donde había todo lo necesario, se abría un expediente clínico y empezaba otro trabajo: se les pesaba y medía, se investigaban sus antecedentes físicos, así como los de sus padres, se hacía la medición mental y antropológica y se llegaba a la conclusión del tratamiento que debía dársele en medicinas y alimentación, así como lo que debía combatirse en él especialmente, para que pudiera ser un niño bien dotado físicamente y preparado para un futuro mejor.

De ahí pasaban a manos de la educadora, con la que empezaba otra labor tan ardua como la anterior, de acuerdo con aquella medición mental que se les había hecho. Se aplicaban técnicas pedagógicas estudiadas durante muchos años, se usaba un método y otro, y otro más, hasta encontrar el indicado para las inclinaciones y la manera de reaccionar de cada uno de ellos. Aquí se encauzaban las ideas, se daba forma real y viva a sus pensamientos, se combatían sus malas costumbres y se les formaban hábitos de orden, higiene, limpieza, comprensión, compañerismo y de tantas cosas más.

¡Cuántas veces la luz de un nuevo día encuentra a las educadoras despiertas, estudiando un problema aparentemente sin resolución! ¡Cuántas veces prueban inútilmente todos aquellos sistemas conocidos sin encontrar el que puede dar un buen resultado! ¡Cuántas veces, después de probar premios, castigos, promesas, amenazas, etcétera, se hallan con que aún están como al principio, pero armadas de optimismo y de paciencia vuelven a empezar!

Y comienzan a despertar aquellos pequeños, en un despertar a la vida que causa asombro. Día a día se encuentra en ellos un gesto nuevo, una nueva expresión, una sonrisa desconocida que no tenían ayer. Se les ve haciendo una caricia que no habían hecho nunca. Y de aquel barro que se hallaba completamente en bruto, se ha ido modelando poco a poco una obra, de la que al final no queda más remedio que sentirse admirado. Cuando entraron a la guardería no sabían pensar, no sabían reír, no sabían andar ni hablar, ni siquiera valerse por sí mismos, y más tarde, con el correr del tiempo, los vemos jugando, riendo con carcajadas felices, organizando ellos mismos juegos que nosotros, seres que nos creemos superiores y con una experiencia inaudita, no podemos comprender por su inocencia, por su ingenuidad. Aquellos niños que tiempo atrás se sentían indiferentes ante un color, una melodía, una sonrisa o algo que delatara belleza o arte, son ahora, por sí mismos, artistas; los vemos dibujar con asombrosa facilidad, construir con pequeños palitos, semillas o material de desperdicio, como carretas, cajas vacías, etcétera, figuras y objetos de belleza inigualadas por personas de más edad. Nos encontramos con asombro que sus inclinaciones ya están encauzadas, que sus tendencias se manifiestan claramente en todo aquello que tienen cerca. Hallamos niños poetas, pintores, arquitectos, médicos... ¡Con qué ternura, con qué sabiduría saben curar un animalito enfermo! ¡Con qué pericia, con qué arte exquisito inventan una melodía con el ritmo único de una campana! ¡Es el despertar a la vida! Cerca, muy cerca de nosotros, vemos cómo nace un alma. Y, como educadoras, sentimos satisfacción. Junto a nuestros pequeños no hay un día igual a otro. Junto a ellos, enormes problemas se reducen a juegos insignificantes si los comparamos con las ideas vírgenes que surgen de ellos, y los mismos problemas de la humanidad se nos hacen

insignificantes cuando tenemos ante nosotros la realidad de una travesura fraguada por aquello que nosotros llamamos “un cerebro infantil”.

Pero no todo está terminado. Hay que continuar la labor con los padres. Es precisamente ahí, en aquellos Clubes de Madres que nos vemos precisadas a organizar con el fin de acercarnos más a ellas y encontrar las más profundas raíces de los problemas por resolver, donde tomando como pretexto las clases que ahí se imparten, nos acercamos a ellas, poco a poco, para ir adueñándonos de su confianza. Son momentos en que, limitándonos a escuchar, dejándolas desenvolverse poco a poco, conocemos por fin la vida íntima que nos dará la clave del complejo problema y del origen de las situaciones que enfrentan nuestros pequeños. Ahí descubriremos y despejaremos aquellas terribles incógnitas sobre nuestros más grandes problemas acerca de ellos. ¡Cuántas veces, ante aquellas conversaciones espontáneas, surgidas en aquel ambiente que hemos tratado de hacer de confianza, sentimos un escalofrío de muerte al comprender la terrible tragedia en que viven nuestros niños! Madres incultas, padres degenerados, miserias escondidas vergonzosamente, mentiras, robos, falsedades entre las que han vivido y se han desenvuelto. No es suficiente con que hayan nacido con el estigma del hambre o la degeneración; tienen la desgracia de continuar viviendo dentro de lo mismo. ¿Cómo extrañarnos de que sean como son cuando llegan a nosotras? ¿Qué otra cosa podríamos pedir de ellos? Y volvemos a recurrir a nuestras trabajadoras sociales, a buscar empleo para los padres desocupados, a internar a los enfermos, a conseguirles medicina, ropa, muebles, y a darles con discreción y paciencia, incluso haciéndoles sentir que nos hacen un favor al aceptarlo, consejos y sugerencias que les ayuden a vivir mejor, enseñándoles cómo resolver sus problemas, tratando de que aquellos seres que se llaman grandes, se vayan volviendo un poco pequeños, se acerquen más a sus propios hijos y los vayan comprendiendo mejor. Y cuando se ha logrado solucionar varios problemas, y los padres han encontrado la clave para vivir una vida más fácil y mejor, dándoles a conocer lo que es el verdadero hogar, lo que es vivir en un medio de superación con mayores comodidades, entonces nos damos cuenta de lo difícil que fue desenterrar aquellas costumbres adquiridas

—podríamos decir— por verdadera tradición. ¡Qué difícil fue hacerles ese favor! ¡Hay quienes no perdonan nunca que se les haga! Como dice un dicho, nacido del pueblo y por ello mismo más veraz: “¿Por qué te odia esa gente? No sé qué favor le habré hecho”. Así es la idiosincrasia de nuestro pobre pueblo. Para hacer un favor tenemos que hacer como si fuesen ellos quienes nos lo hacen a nosotros. Para hacer una caridad, tenemos que hacerla con gesto suplicante. Por desgracia, es un don que llegamos a adquirir tras muchos malos ratos y muchas lágrimas. Y así va pasando el tiempo, y más tarde, cuando ya se ha podido realizar el trabajo, hecho en común, en el que cooperan médicos, enfermeras, directora, educadoras, niñeras, cocineras, galopinas, mozos y todos aquellos que forman el personal de las guarderías infantiles, entonces tomamos a uno de nuestros pequeños, y al verlo sano y feliz, olvidamos aquellos malos ratos y aquellas lágrimas y reímos junto con ellos. Ya no serán en el futuro asiduos visitantes de las cárceles, de los centros de recuperación y de regeneración, de los hospitales de incurables... Ya no serán parias de la sociedad ni despojos humanos. Ahora, gracias a nosotros, a nuestras luchas y esfuerzos, serán seres útiles a la sociedad y a la patria. ¡Serán verdaderos seres humanos!

Cuando Alfonso y yo nos encontramos nuevamente a solas, dentro de aquel automóvil que ya era parte de nosotros mismos, nuestras impresiones nos impedían hablar. Después de caminar un rato en silencio detuvo el coche en un lugar tranquilo, al borde de la carretera del camino a Puebla. Sentíamos algo así como la satisfacción del deber cumplido. Algo innato en él, o algo que yo no sabía adivinar, le hacía ser parte de todo aquello que yo estaba conociendo ahora y que, después de leer algo del Diario de aquellas educadoras, se me transmitía como una corriente subterránea. Éramos dos almas tranquilas frente a frente. Las visitas efectuadas a todos esos centros, desconocidos para mí, habían sido como un remanso espiritual que me daba la tranquilidad que había necesitado durante muchos años. No hablábamos. Nos veíamos solamente y nuestra simple mirada nos comunicaba un dulce calor que no podía traducirse en palabras.

Pasado un momento, fui yo la que rompió el silencio:

—¿Tú crees, Alfonso —pregunté—, que yo podría hacer algo como lo que hacen ellas? ¿Crees que podría servir en alguna forma? Me siento ahora tan pequeña ante la grandeza de todo esto. ¿Crees que mi dinero pudiera resolver en parte tantos problemas tan grandes y tan profundos?

—No —respondió—. No es con tu dinero con lo que puedes ayudar. No hay dinero suficiente para resolver estos problemas. Lo único que puede ayudarlos es la buena voluntad.

—Pero, ¿cómo? —pregunté intrigada—. ¿Cómo podría ayudarlos?

—Volviendo al círculo de tus amigos —dijo Alfonso.

Me volví hacia él asombrada. Nunca lo habíamos comentado, pero yo sabía perfectamente lo que él pensaba de mis amigos y lo que había pensado de mí cuando los frecuentaba. ¡Era lo que menos esperaba escuchar!

—¿Con ellos? —dije—. ¿Cómo podrían ayudar ellos? Sabes muy bien que serían incapaces de hacerlo.

—Ellos sí, pero tú no. Tú y yo solos no podremos hacer por ellos todo lo que necesitan, pero si todos llegan a conocer, como has conocido tú, su necesidad y sus miserias; si todos ayudan para salvarlos de eso, entonces sí podremos hacer, si no todo, por lo menos gran parte de lo mucho que se necesita. Por eso te digo que tú sí puedes. Vuelve junto a ellos, interésalos, hazlos comprender lo que has visto, y entonces lograremos algo.

Dudaba mucho de que aquello que me exponía Alfonso pudiera convertirse en realidad, pero su confianza y la fe que ponía en mí me dieron un optimismo tan grande que empecé a considerarlo factible. Volví a quedar en silencio y mentalmente empecé a trazar un plan, que poco a poco me pareció de más fácil realización. ¡Claro que lo haría! ¿Por qué no? Además, sería interesante ver la reacción de cada uno de ellos. Había tipos tan complejos y de tan diferentes maneras de ser y de actuar, que hasta divertido iba a resultarme.

Alfonso me miraba, tratando de entender aquella sonrisa que, con cierta picardía, se había dibujado en mi semblante. Me volví hacia él y sonriéndole con dulzura dije únicamente:

—Lo intentaré.

## XI

Durante el día siguiente estudié mi plan con detenimiento y me tracé con el mayor esmero todos y cada uno de sus detalles. Les platicaría lo que había visto, les haría sentir lo que había sentido, y al final les pediría ayuda. Pero me había lanzado a una empresa de redención y los apostolados nunca se han hecho con planes de-terminados. Mi retorno a aquel círculo fue de asombro, incluso me pareció que hubo mucho de ironía.

—¡Vamos! —comentó alguien—, conque la Viuda pródiga se ha acordado al fin de sus hermanos.

—¡Pero qué rejuvenecida estás! —comentó otro—. Te sentaron estas vacaciones.

Aun hubo un tercero que, suspirando con malicia, dijo:

—¡Cómo se me hizo largo este fin de semana sin tener cerca a mi dulce samaritana!

Cuando después de algunos momentos de broma quise empezar a realizar aquel maravilloso plan que me había trazado, me encontré ante una desoladora realidad: ¡nadie me tomaba en serio! Nadie comprendía qué era lo que trataba de decirles, y de pronto me encontré en medio de un ambiente de extrañeza e incredulidad, que poco a poco se fue convirtiendo en burla. Unas miradas eran de asombro, otras de incompreensión, las más de ironía.

—¡Ah! —comentó alguien—. ¡Ya entendí! La Viuda alegre se ha convertido en filántropo. Ahora le da por el amor al prójimo, por la caridad con el desvalido, por...

Alguien más completó, en medio de una carcajada:

—¡Por el humanitarismo, tonto!

—¡Cómo no, corazón! —dijo otro—. ¡Encantado de ayudarte! Aquí tienes mi chequera. Toma un cheque y ponle la cantidad que quieras, pero como yo también estoy muy necesitado, tendrás que darme algo a cambio de cada cifra que marques. Lo dejo a tu elección.

Las carcajadas que en otro tiempo acogían mis bromas, acogieron aquella proposición que a mí me pareció ofensiva. Me sentí humillada, incomprendida y un poco asqueada. La tristeza empezó a adentrarse en mí y enojada respondí con rabia:

—¡Qué dar en cambio ni qué nada! El que quiera ayudar, lo hará con desinterés, nada más que por la satisfacción de ayudar.

Volvieron a reír todos.

—¡Está bueno, no te enojés! —dijo alguien cerca de mí—. Desde mañana te traeremos bultos de la ropa que ya no usamos, para que la remiendes y la repartas entre tus pobres.

No recuerdo bien cuántas cosas más escuché, pero hubo un comentario que sí oí claramente y que hizo que mis ojos se llenaran de lágrimas de impaciencia y de molestia por un recuerdo:

—¡Yo te regalo mi coche viejo! —había dicho alguien atrás de mí—, para que puedas llevarlos en él a días de campo y no ensucies el tuyo.

Molesta e irritada, decidí marcharme. ¡Qué sabían todos ellos! ¡Qué podían saber de lo que era sufrir y sentir torturas por algo que no conocerían jamás y por lo que no habían pasado nunca! ¡Ya no les pediría nada! ¡No necesitaba de ellos! ¡Yo sola podría hacerlo todo! Lo haría yo misma, ¡sin ellos!

Di la media vuelta dispuesta a marcharme, cuando una figura que bajaba lentamente la escalinata que daba hacia el salón de baile donde nos hallábamos reunidos, me hizo detenerme. ¡Alfonso estaba ahí! Sólo a unos pasos de mí, mirándome fijamente, y yo iba a huir como cobarde. Me veía de manera tal que fue suficiente para darme nuevo valor y ánimo, y volviendo sobre mis pasos adopté



repentinamente una actitud que a mí misma me dejó asombrada.

—¡Bueno! —grité—. Como ya se habrán dado cuenta, he vuelto con una nueva extravagancia, y el que verdaderamente se sienta mi amigo, tiene que ayudarme a satisfacerla. ¡Su famosa Viuda alegre se les ha vuelto filántropo! Por unos días, quizá; por toda la vida, tal vez. ¿Me quieren así o me marchó?

—¡No! —dijo Juanito acercándose a mí y rodeándome con su brazo los hombros. ¡Aquel maravilloso Juanito al que yo había bautizado en Año Nuevo!—. No te dejaremos marchar. ¡Te queremos así o como sea! ¿Por qué si otras veces te hemos aceptado rubia, morena o pelirroja, no te habríamos de aceptar de apóstol o de poeta?

—¡Claro que sí! —comentó un segundo—. Aquí cada quién puede ser y hacer lo que se le dé la gana.

—Por ejemplo yo —interrumpió alguien más—, me declaro, por mi propia voluntad, tu eterno adorador.

—¡Y yo!

—¡Y yo!

Comentaron riendo otros, al tiempo que se acercaban a rodearme.

—Yo también —dijo una voz suavemente, pero con una firmeza y energía tan marcadas que se pudo escuchar en medio de todas, claramente.

Me volví y encontré la primera mirada amiga entre todas aquellas miradas incomprensivas. ¡Ya contaba por fin con alguien que me apoyaba! ¡Ya sabía que podría reír, bromear, fingirme la inconsciente y la loca, pero uno entre todos ellos sentiría que yo no era así, que lo hacía por encontrar la ayuda que buscaba para aquellos que lo necesitaban todo! ¡Y qué grato, qué inmensamente grato, era saber que junto se tenía un amigo y, sobre todo, que ese amigo era Gilberto!

Como reguero de pólvora corrió de boca en boca la nueva extravagancia de la Viuda alegre, pero con la misma inconsciencia con que lo aceptaron, me ayudaron a llevar a cabo lo que me había propuesto. Seguimos jugando bridge, póquer, canasta uruguaya y tantos juegos más; seguimos riendo, bebiendo y corriendo aquellas interminables juergas, pero en todo aquello había una innovación. En las mesas de juego no faltaba la alcancía en la que era forzoso que todo aquel que ganara, depositara un billete. ¡Porque sí!, porque así lo había dispuesto la Viuda alegre. Por cada copa había que pagar un billete más por income tax; por cada juerga se tenía que dejar en depósito una suma respetable, por aquello de las emergencias. Todo ello se iba acumulando poco a poco para formar lo que ya se había constituido en mi única obsesión: ¡hacerles pagar cara mi presencia! Me sabía indispensable entre ellos, porque las bromas que antes hacía con amargura e ironía y con un deseo inmenso de que pasara rápido el tiempo, las hacía ahora con profunda conciencia de que servirían para convertir en realidad mi sueño; y eran más agudas, porque estaban inspiradas en mi mejor buena voluntad; y eran más sutiles, porque nacían del fondo de mí misma. Yo sabía que desde el momento de reunirme con ellos hasta volver en la madrugada a mi hogar, el centro de atracción hacia donde convergían todas las miradas y de la que se esperaban todas las sorpresas, era mi persona. ¡Y cómo me aprovechaba de ellos! ¡Cómo me sirvieron aquella indiferencia y aquel desapego al dinero de todos los que lo tenían, sin haber sabido lo que era ganarlo! ¡Cuántas veces una de aquellas amigas mías, que recibían todo por haber nacido con el privilegio de ser ricas, dejaba abandonado su más costoso abrigo de pieles o alguna alhaja, que más le dolía por la procedencia que por el valor! Y no lo olvidaban debido a la cantidad de alcohol que hubieran ingerido, sino por aquella falta de interés hacia todo lo que los rodeaba. Muchas veces ya no recordaban ni quiénes eran ni lo que hacían; y yo, siempre a la expectativa, las recogía en mi automóvil y las llevaba a su casa, guardando algo en garantía y haciéndoles pagar caro al día siguiente

aquel olvido, que se festejaba entre bromas fingidas.

—¡No soy una cuidadora de cualquier clase! —les decía riendo—. Mis servicios valen oro. Y una de dos: o lo recoges o lo rifo. ¡Al fin, después de todo, te va a salir más barato que si se te hubiera perdido!

No pocas ganancias saqué de eso.

La legión de mis admiradores aumentaba de día en día, tal vez debido a que ahora notaban más vida en mí, pero yo les hacía pagar cara cada palabra mía, cada sonrisa, cada minuto que pasaban junto a mí. Infinidad de cosas, aparentemente inservibles, que no eran más que adornos fútiles y sin importancia, los iba recogiendo amorosamente para hacer más tarde tómbolas que aumentaban aquel caudal que, para mi satisfacción, veía crecer más y más. No hubo momento que yo desaprovechara, no hubo minuto del que no sacara mayor rendimiento, y mientras más tenía, más deseaba conseguir. A todos, en medio de aquella algarabía y de aquella inconsciencia, les hablaba de una maravillosa sorpresa, y como sabían que mi fortuna era cuantiosa, no les causaba molestia que estuviera reuniendo aquel dinero, sabiendo que, por mucho que me dieran, nunca sería suficiente para aquel maravilloso proyecto que solamente les dejaba entrever, pero era un acicate a su curiosidad, en medio de aquellas vidas de por sí monótonas y vacías.

Yo me valía de aquella actitud expectante en que los tenía situados, para seguirles haciendo cooperar. Y a ellos no les importaba dar, porque a cambio se divertían inmensamente, como no lo habían hecho desde mucho tiempo atrás. Era algo inesperado en medio de la rutina en la que trataban de aturdirse, tal vez como yo lo hacía antes, para no pensar, para no sentir.

Bailes, tés, jaripeos, charreadas, funciones de cine, de ballet, de teatro; conciertos de famosos cantantes, conferencias científicas o literarias a las que unos asistían por verdadero interés y otros simplemente por esnobismo; corridas de toros, etcétera. No hubo tema que no explotase, no hubo lugar al que no acudiera, no hubo personaje importante al que no visitara. Y el momento tan deseado

por mí llegó al fin.

### XIII

Desde que yo empezara aquella campaña que casi absorbía mi vida, el personaje principal de ella se había conservado al margen, observándome tan sólo en silencio, pero siempre con una sonrisa comprensiva, siempre con una mirada que para mí era el mejor aliento, silenciosa presencia junto a mí, el mayor estímulo para seguir adelante.

No fueron pocas las caras de desagrado que vi, ni pocas las personas que noté molestas por tener que dar un dinero que, aparentemente, no iba a producirles nada. Pero pasé indiferente ante todo esto, porque tenía junto a mí a Alfonso. ¡Que dieran era lo principal!, lo demás no importaba.

Por fin, aquella tarde llamé a Alfonso por teléfono:

—¿Puedes pasar por mí ahora? —pregunté—. ¡Pero ahorita mismo! —exigí.

—¡Ahorita mismo! —respondió con decisión.

Y minutos más tarde nos encontrábamos en la avenida Insurgentes, camino a San Ángel.

—¿Se puede saber de qué se trata? —preguntó divertido.

—¡Ya lo verás!, ¡ya lo verás! —decía yo con malicia—. No quiero decirte nada. Tu primera impresión... quiero conservarla exactamente como sea, en el momento preciso en que lo veas.

Llegamos a un lugar donde le indiqué que detuviera el automóvil. Me recosté indolentemente en el asiento y extendí con placer la mirada. Alfonso esperaba pacientemente a que yo hablase. Suspiré hondamente y me volví emocionada hacia él.

—¡Míralo y dime! ¿No es hermoso?

Con toda su buena voluntad trató de comprenderme, pero al ver su expresión no pude menos que soltar una carcajada feliz. Se quedó más asombrado aún. Empezó a verme con cierta prevención, como

sospechando que algo no muy normal pasaba por mi cerebro. Me enderecé poco a poco, y extendiendo mi mano fuera del auto la fui haciendo girar lentamente mientras explicaba:

—Míralo. Sus corredores espaciosos, su construcción sencilla, sus jardines tan bellos. ¡Y mira, ahí, a la derecha, las hermosísimas terrazas, donde podrán tomar el sol! Abajo las piscinas, donde recuperarán poco a poco sus movimientos. Y allá, a la izquierda, mira, al fondo: en esa casita blanca de tejas verdes, en ésta que parece una casita de campo, está la guardería infantil de niños normales. Obsérvala bien, Alfonso, y dime si no es la Unidad de Ayuda a la Infancia más bella que hayas visto nunca.

Alfonso había comprendido. Su mirada era de dulzura, de satisfacción y de amor. La fijaba atentamente en el terreno que le había mostrado, aparentemente árido, pero de una extensión hermosísima, perfectamente bien situado y, sobre todo, que ya era nuestro. ¡Yo lo había comprado! En él tomaría forma aquella Unidad de mis sueños. En ella se cobijarían cientos y cientos de niños necesitados de hogar, de abrigo y de cariño. Encontrarán ahí todo aquello a lo que tenían derecho y les era negado. Yo podría, por fin, encontrar lo que mi vida anhelaba y que nunca podría tener.

Alfonso hacía planes conmigo. Bajo mi vista iba tomando forma aquel edificio tan soñado. “Aquí podrías poner esto, aquí lo otro, aquí lo de más allá...” Cada cosa fue tomando lugar, cada pa-bellón fue colocado en su sitio, cada servicio se fue instalando, con las mejores comodidades, y nuestros planes fueron sublimes, grandiosos, pero lo más bello de todo era que serían realizables, porque ya había con qué. Y conforme se fuera levantando, haría que aquellos zánganos que hasta hoy habían cooperado por esnobismo, lo hicieran por fin poniendo en ello un poco de sentimiento.

Empecé a imaginar todas las semanas que tendría por delante de trabajo arduo y tenaz. Ingenieros, arquitectos, planos, construcción, adaptación y organización. ¡Todo desfiló por mi mente hasta el más insignificante de sus detalles! Y cuando sentí que mi mano era estre-

chada entre otra fuerte y ruda, volví de aquel sueño con la felicidad reflejada en el rostro, porque estaba segura de que pronto, muy pronto, se vería convertido en realidad.

## XIV

Mientras nuestra Unidad iba tomando forma, yo ocupaba el poco tiempo que me quedaba disponible para estar cerca de aquellos niños a los que había aprendido a amar y que tanto me interesaban. Pasaba largas horas en los establecimientos de las guarderías infantiles, en la casa de cuna, en los centros de recuperación, en los centros de observación y en tantos más, donde se protege a esa niñez desvalida. Había desplegado una brigada de trabajadoras sociales para que fueran estudiando los casos más urgentes y que pasarían a ser los fundadores de nuestra Unidad. Mientras tanto, yo pasaba los mejores ratos en los servicios ya establecidos. Ahí encontré de todo. Momentos enormemente gratos, acontecimientos a cual más chuscos, ratos de amargura, situaciones cruciales en las que no hallábamos la solución concreta a un problema demasiado complejo. Pero todo, absolutamente todo lo que pasaba cerca de ellos quedaba grabado en mí como la única época digna de haberse vivido.

En cierta ocasión encontré en la calle a un amigo, cuya última inversión financiera había sido una granja avícola. Antes de pedirselo yo, ya me estaba ofreciendo enviar unos cuantos animalitos para que sirvieran de comida a mis pequeños.

—Mándalo a nombre de uno de ellos. Así podrán ir a recogerlos ellos mismos —supliqué.

Días más tarde se recibía en la guardería una tarjeta del Express, avisando que se encontraba ahí aquel envío. ¡Qué momentos tan gratos pasé viendo cómo los niños vaciaban el cochinito que durante tanto tiempo habían guardado con cariño y del que habían salido ya, en varias ocasiones, un juguete deseado, una serie de pañuelos

para aquellos que dejaban en casa olvidado el suyo, un par de zapatitos para el que los necesitara más y, en esta ocasión, el porte necesario para sacar nuestro bulto de aquel Express que visitarían por primera vez en su vida nuestros pequeños. ¡Aquél fue un día de fiesta! Incluso yo estaba invitada a la comida en la que daríamos buena cuenta de aquellos pollitos. Por una simple curiosidad, empecé a hacerles preguntas. Las respuestas fueron verdaderas sorpresas para mí, especialmente cuando hice aquella de:

—¿Tú qué quieres?

Para nosotros, los que estamos acostumbrados a tomar el pollo como un platillo del día, seguramente nunca imaginamos respuestas como las que recibí. En un grupo de más de cuarenta niños, entre los que estaba sentada, no hubo uno solo que dijera algo diferente:

—¿Yo? Las patas. ¿Yo? Pescuezo.

No hubo uno solo que pidiera una pieza diferente. Desconocían por completo lo que era un muslo, una pierna, la carne de pechuga. Incluso al empezar a comer esa carne, no les agradó. ¡Preferían patas o pescuezo! ¡Qué bien se conocía que nunca habían probado otra cosa!

Durante varios días fue el tema obligado de conversación y de trabajo. Modelaban pollos, dibujaban gallinas y se hacían juegos con las plumas que aún quedaban de recuerdo. Hubo un suceso chusco al día siguiente, cuando se les envió a lavarse las manos para que pasaran al comedor, pues uno dijo muy serio:

—¿Para qué nos lavamos, si hoy no hay pollo?

En otra ocasión tuve una prueba palpable de que no hay como la lógica infantil. Me agradaba observar cómo las educadoras aprovechaban las frutas para ir dando a conocer a aquellos niños formas, colores, armonía, etcétera. Les veía colocar una fruta tras otra, en un orden determinado, y hacer que uno de los niños observara detenidamente ese orden, cerrara después sus ojitos y la educadora los cambiaba de lugar.

—Ponlos como estaban antes —ordenaba ella.

Y el pequeño empezaba a hacer trabajar su mente, su memoria y sus músculos, para obligarlos a obedecer la fuerza motora que, si había sido correcta, daría un resultado completo de memorización y control muscular que les llevaba al éxito. Algunas veces los hacía volverse de espaldas, colocar sus manitas hacia atrás y les daba a tocar diferentes frutas para que fueran adivinando, por medio del tacto, de cuál de ellas se trataba.

En medio de uno de aquellos interesantes experimentos, fue llamada con urgencia la educadora a la enfermería para ver a un pequeño que se había dado un golpe ligero. Al volver, se encontró con que el plátano había desaparecido. Alguien lo había tomado, desde luego, pero ¿quién? Aparentemente, nadie. ¿Qué hacer? Castigar a todo un grupo era una injusticia, puesto que no podían haber sido todos. ¿Castigar a uno solo? ¿A cuál para no cometer la misma injusticia? Por lo pronto, no hubo más remedio que poner la amenaza del castigo colectivo. Yo estaba a la expectativa, deseando saber cómo se resolvería aquel problema, pero todo imaginé, menos aquella solución, expuesta por el más pequeño, y tal vez el más inocente, puesto que lo que exponía, aunque era la solución más lógica y más adecuada, era imposible de llevar a cabo. El chiquillo, de escasos cuatro años, moreno, con unas hermosísimas mejillas sonrosadas, parecidas a las manzanas que lucían frente a él en el pupitre de la maestra, explicaba con toda la ingenuidad de sus pocos años y haciendo unos pucheritos indescriptibles ante lo que él consideraba una verdadera injusticia.

—¿Sabe, señor? —proponía su voccecita trémula—. ¿Por qué no nos hace vomitar a todos? El que vomite plátano, ése fue.

Unas caras fueron de asombro, otras reflejaron rebeldía, muestra patente de su instinto de conservación, los más se limitaron a abrir la boca con asombro. Yo solté una carcajada impulsiva, al pensar en aquel vómito colectivo. “No hay —pensé nuevamente— como la lógica de un niño.”

Otras veces escuchaba encantada los eternos porqués a los que



la educadora rehuía siempre dar una solución científica, porque era cuento de no terminar nunca. ¡Qué de preguntas a cosas que yo nunca había imaginado! Entonces me di cuenta de lo lejos que me hallaba de la que fue mi infancia.

—Señorita, ¿por qué vuelan los pájaros?

—¿Por qué son duras las banquetas?

—¿Por qué cantan los gallos?

Y las sabias respuestas de las no menos sabias educadoras:

—¿Por qué vuelan los pájaros? Porque los pájaros vuelan, hijito.

Y la respuesta de satisfacción:

—¡Ah!

¡Qué difícil es llegar a una edad como la nuestra, en que ya esas respuestas a nuestras preguntas no nos satisfacen! ¡Es tan fácil simplificar las cosas así! Estoy segura de que muchas de las preguntas que siempre me he hecho tendrían en esa forma al fin una respuesta.

Junto a aquellos niños me sentía cada vez más pequeña, cada vez más sencilla, cada día más feliz... por eso, cuando por fin empecé a ver cómo llegaban como pajaritos heridos a refugiarse en aquel alero que yo misma les había preparado, cuando les vi llegar enfermos, abandonados, faltos de ternura y de cuidados, y vi cómo les íbamos proporcionando todo aquello, su vida era más fácil y la mía, más feliz.

Para mi mayor satisfacción, pude ver cómo lo que en realidad hacía falta (y Alfonso me lo había expresado en forma clara y precisa), era acercarse a los que tienen todo, para interesarlos en dar algo a los que no tienen nada.

Mucha gente se acercó a nosotros cuando menos lo esperábamos, llevando lo que precisamente nos estaba haciendo falta. Y así fuimos adquiriendo muebles, telas, instrumental médico, medicinas, y tantas cosas más que ahora empezábamos a usar para ellos.

En medio de aquellas satisfacciones, una sola era mi preocupación: Alfonso, que cada día me era más indispensable y del que tarde o temprano debería alejarme.

## XV

¡Era el último día del año!

El día había sido de mucho trabajo y muy fatigoso. Alfonso me encontró cabizbaja y triste.

—Vengo por ti —dijo enérgicamente—, porque es justo que descanses, siquiera en este día, un momento.

—Hoy no puedo, Alfonso —respondí—. Acabo de recibir a los chicos de la última razia y tenemos que dejarlos acomodados hoy mismo. ¡Te daría horror verlos! Hay uno que me llamó la atención desde el primer momento. Traía todo el cuerpo cubierto de unas pequeñas manchas que daban la impresión de sarampión o es-carlatina. Pensé que podría ser una enfermedad contagiosa y lo mandamos inmediatamente al servicio médico. Habían informado del Centro de Observación, donde estuvo dos días detenido, que su dormir era completamente intranquilo y temí que hubiese tenido fiebre. Sin embargo, hace un momento el médico terminó de observarlo y me llamó para darme su diagnóstico: “Todo lo que este niño tiene —me explicó—, son piquetes de toda clase de parásitos, y su dormir inquieto se debe a que la cama está demasiado limpia y él aún no se acostumbra a dormir así. Todavía le hacen falta sus compañeros nocturnos”. Es horrible, Alfonso. ¿No crees que es terrible que una criatura de esa edad haya tenido por únicos compañeros a toda clase de parásitos? Y eso no es lo peor. Entre los que hemos recibido hay algo más horrible todavía. Una niña, de escasos siete años, cuya mirada aún es de inocencia y que trae una hoja clínica de reporte en la que se asienta que le fue recogida a su madre, porque con su consentimiento el padre convivió en forma íntima con esta pequeña. ¿Cómo puede vivir esa criatura así? ¿Qué porvenir le espera? ¿Qué podremos ofrecerle a cambio de todo esto? Con nada se podría compensarla ya en la vida ni retribuírsele lo que se le ha quitado. ¡Hubiera querido decirle tanto!, hubiera querido hacerla comprender que la entiendo mejor que nadie, pero ¿qué palabras puedes usar con una criatura

que de palabras conoce poco, pero de hechos conoce mucho?

Había hundido mi cara entre mis manos y, sin querer, hacía un paralelo entre la vida de aquella niña y mi propia vida. Alfonso presintió que en ese momento pasaba por mí algo que me estaba hiriendo hondamente. Me tomó con dulzura las manos y me levantó, acercándose a él.

—Ven —dijo—. ¿No recuerdas que hoy, hace dos años, nos conocimos? ¿No quisieras empezar este año junto a mí?

¡Qué más podría yo querer! No solamente ese Año Nuevo juntos, sino toda la vida unidos, pero comprendí que mientras más me acercara a él, más pronto lo alejaría de mí. ¡Se alejaría él mismo! Sin embargo, no podía negarme. ¡Era cierto! ¡Dos años luchando juntos! Dos años haciendo planes y realizándolos, dos años de amarguras y alegrías, de problemas y satisfacciones, ¡pero todo juntos! Recordé aquella memorable noche en que chocaran su automóvil y el mío. Desde entonces habían pasado tantas cosas. Tenía yo tanto que agradecerle... ¡Pasaríamos esa noche juntos y empezariamos juntos ese año, aunque después no volviera a verle!

—Si me esperas un momento, para que le entregue a la jefa de enfermeras las sorpresas que les tengo preparadas de Año Nuevo, iré contigo —dije sonriendo y me dejó marchar.

Horas después estábamos ante aquel escenario que propuse alguna vez: en el Mirador de la carretera, viendo aquel México tan bello de día y tan deslumbrante de noche. Figurábaseme un enorme baúl lleno de joyas, de las que no se sabía cuál era la más bella. Su resplandor nos envolvía con una suavidad acariciante, nos hacía estremecer débilmente. Tal vez fuese el frío, tal vez la cercanía de Alfonso... No hablábamos. Desde que él detuvo el automóvil en ese lugar completamente solitario, no habíamos dicho una sola palabra. No nos hacía falta nada. Él me sabía sola y yo lo presentía solo también. El exceso de trabajo y las obligaciones que nos habíamos impuesto no nos habían dejado tiempo, o tal vez lo tomábamos como pretexto para no intervenir en nuestras vidas privadas. Convi-

víamos juntos durante horas y horas, pero siempre llenos de trabajo, y cuando llegaban algunos minutos de descanso y podíamos hablar de algo que no fuera urgente, tácitamente evitábamos hacerlo de nuestras propias vidas. Yo sabía que le debía una explicación desde hacía mucho tiempo. Y ahora, en ese momento en que lo sentí tan cerca, sentí también que era el único en que podría hablar. Pero ¿cómo empezar?, ¿cómo decir con palabras aquello que aun en pensamientos bien ordenados, no me había atrevido a formular?

Sentí que su brazo pasó por mi espalda y sentí que me atraía hacia él. No puse objeción. Me recliné con dulzura sobre su pecho y escuché cómo latía acompasadamente su corazón.

—Patricia —dijo—, ¡ya no me dejes nunca! Ellos te necesitan, pero yo también. Te has convertido en una encantadora madrecita, pero también puedes ser una encantadora esposa. ¡Te necesito, Patricia, te necesito! —repitió oprimiéndome más contra él.

¡El momento tan temido había llegado!, pero tal vez la proximidad de Alfonso, tal vez el latido acompasado de su corazón que escuché acelerarse por un momento, o tal vez el amor tan grande que sentía por él, me hizo encontrar las palabras que no creí hallar nunca:

—No, Alfonso —dije suavemente—. ¡Nunca podré ser eso para ti! ¿Recuerdas lo que me dijiste un día, es decir, una noche, aquélla en que abracé por vez primera a uno de tus harapientos chiquillos? ¿Lo recuerdas, Alfonso? Dijiste: “Cada mujer, porque Dios lo ha querido, dentro del seno lleva un hijo dormido”. ¡Yo no lo veré nunca, Alfonso, nunca veré a ese hijo! ¿Sabes lo que significa eso? ¿Sabes lo que significa soñar con una carita que no conocerás jamás? ¿Pensar cómo será una voz a la que anhelas escuchar diciendo la palabra mamá y que no oirás nunca? ¿Sabes lo que es sentir una punzada de dolor y un nudo en la garganta al ver cómo infinidad de mujeres pasan cerca de ti, suben al camión o se detienen unos instantes en la calle estrechando entre sus brazos a un niño, y que esa mujer pudo haber sido una misma y que ese niño pudo haber sido hijo nuestro? ¡No, nadie podrá saberlo nunca! Nadie sabrá de aquellas

horas, de las noches interminables en que como loca paseaba horas y horas, escuchando un llanto lejano y pensando que era el de mi hijo... ¡porque tiene que estar en alguna parte! ¡Porque él tiene que saber que soy su madre y que él es mi hijo!... Y sabe también que nunca podrá llegar hasta mí, y sabe que nunca podré ponerle la ropita que pude haberle hecho con mis propias manos, que nunca podrá jugar con juguetes que le haya comprado, que nunca podré mostrarlo orgullosa y satisfecha y decir con todas mis fuerzas y con toda mi ternura: ¡es mi hijo! ¡Y fue un crimen, Alfonso, porque yo tenía de-recho a ello, porque no tuve la culpa. ¡Era una niña!, todavía una criatura cuando me entregaron a aquel hombre que sólo deseaba mi juventud, mi pureza, mi vida. ¡Él era un amargado, un viejo, un enfermo, un degenerado! Ante los ojos de la sociedad era un gran hombre, un banquero honesto, un potentado. Presidente de no sé cuántas firmas sociales, consejero de no sé cuántas juntas científicas y comerciales. ¡Cómo me envidiaban las madres de hijas casaderas el día que me desposó! ¡Con qué satisfacción mi único hermano, el único familiar que tenía en la vida, me entregó a él porque estaba seguro de haber hecho para mí la mejor elección! ¡Qué importaba si a mí me gustaba o no! Yo qué podía saber si era tan sólo una chiquilla, si mis dieciséis años ni siquiera se manifestaban en mí, que siempre tuve la apariencia de una niña. No se me preguntó nada, no se me dijo nada. Únicamente me llevaron hasta él y me entregaron. Para mi hermano fue un descanso enorme delegar en él la responsabilidad de mi persona y mi fortuna, ¡qué bueno no tener que administrar aquella herencia que tantas molestias le causara y que le hacía perder el tiempo para administrar la suya propia! ¡Qué descanso, también, librarse de la responsabilidad de aquella muñequita que era yo para él y la cual le habían confiado, pero que tanto le molestaba! Se sentía satisfecho de haberme entregado tan bien. ¡Qué supieron después de los días de horror, de asco y de amargura! ¡Qué supieron de los viajes en que se pretextaban negocios fabu-

sos, pero que en realidad eran para irnos a internarlo en sanatorios, en los que se le hacían curas periódicas para ver si era posible salvarlo! ¡Qué supieron de aquellas terribles y horrendas noches, que yo recuerdo como pesadilla, en las que se llegaba hasta mí para tomarme con la avidez del moribundo que se aferra a la vida! ¿Y yo qué culpa tenía? ¿Y yo qué iba a saber que aquella fortuna que le había servido para que nadie pensara que se había casado conmigo por interés, puesto que era tan rico como yo, también le había servido para obtener un certificado médico ilegal y contraer matrimonio conmigo? ¿Y yo qué iba a saber de todos los horrores que escondía la vida y que todas las cosas que a mí me estaban pasando no eran normales? Para mi inocencia, para mi ingenuidad, para mi terrible orfandad, todo aquello se encerraba en una palabra: matrimonio. Y cuando por fin se acercó todo a su término, cuando él moría en la sala de una clínica, unas cuantas horas después de que a mí me habían hecho una operación en la que dejé de ser mujer para siempre, empecé a maldecir la vida. ¡Tú no puedes comprenderlo! ¡Tú no puedes saber lo que fueron esos meses y años de horror, de asco, de repugnancia, de ira y de coraje! ¿Por qué, si yo había sido sacrificada en esa forma, los demás eran felices? ¿Por qué, si yo estaba condenada a una eterna soledad, los demás vivían acompañados? ¿Por qué, si yo nunca tendría un hijo, había quien lo tiraba en medio de la calle? Pero qué, ¿realmente existe un Dios que vigile lo que pasa en la Tierra con sus hijos? Si existe, ¿cómo podía permitir esas cosas? Si las permitía, ¿cómo podía tener yo fe en Él o en algo o en alguien?

"No encuentro las palabras exactas para decirte todo aquello por lo que pasé. ¡Qué importa que me llamasen con apodos! ¡Qué importa que en una noche como ésta, hace dos años, alguien me dijera: "Arrímese, está usted borracha"! Que alguien, más tarde, con una mirada de desprecio y una voz de ira, me dijera: "Es usted la mujer menos mujer que he conocido". ¡Nada importaba ya, Alfonso, nada! Pero empezaste a acercarte a mí y empezaste a darme una razón de vivir. ¿Por qué había vivido hasta entonces? ¡No lo sé! ¿Quién me ha-

bía sostenido y qué había evitado que me suicidara? Tampoco lo sé. Tal vez la vida me guardaba la compensación de conocerte y amarte tanto, que este cariño que siento por ti ha sido mi primera compañía en la soledad en la que tuve que vivir. Es un cariño tan grande, que no necesito estar junto a ti para sentirte cerca. Siempre te llevo conmigo. Nunca podrás tenerme, nunca podré ser realmente tuya, ¡pero tú ya eres mío pa-ra siempre! Te llevo en mí, en mis acciones y en mis palabras. Mis pensamientos irán encaminados hacia el sólo fin de hacerme digna de este cariño que nació en mí, el primero de mi vida, el que tú has sabido inspirar. Nunca más podré decir con palabras lo que hoy te he dicho, pero ha sido un gran consuelo que lo supieras, habértelo dicho a ti, que eres lo único noble, lo único bello que ha habido en mi vida. Darte las gracias no sería suficiente, Alfonso, pero si en la vida algo puede ser consecuencia de nuestros propios actos, tú serás feliz, porque gracias a ti he conocido por vez primera lo que es una palabra convertida en realidad: ¡la felicidad!”

Poco a poco, de aquel baúl de joyas que teníamos al frente había ido elevándose un ruido, al principio sordo, que fue haciéndose cada vez más claro. Silbatos y campanadas anunciaban el principio de un nuevo año que, repentinamente, sentí que sería para mí tranquilo y feliz. Todo mi ser estremecido seguía estrechamente enlazado al de Alfonso, quien no había dicho una sola palabra durante aquel relato. Su camisa estaba empapada por mis lágrimas. Levanté temerosa la mirada y empecé a observarle. Sus quijadas estrechamente apretadas, sus labios cerrados con fuerza, un temblor imperceptible en sus sienes y sus ojos fijos frente a él, llenos de lágrimas. Volví a estrecharme contra él y cerré los ojos emocionada, poco a poco una de sus manos se fue acercando hasta mi rostro, me tomó de la barbilla y levantó mi cara. Lo vi volverse hacia mí y las lágrimas no me permitieron seguirlo viendo. Nuestros labios se unieron y nuestras lágrimas rodaron confundidas por nuestras mejillas. En ese instante supe, por primera vez en mi amarga vida, lo que podía en realidad ser un beso... ¡un beso de amor!

## XVI

De pronto no supe si aquello era el principio o el fin de un gran amor. Comprendía que la emoción de Alfonso era tan profunda, que no encontraba la manera adecuada de expresarse. Su primera frase fue muy débil, un murmullo apenas.

—¡Amor mío!

Mi frente estaba apoyada sobre su mejilla y me tenía abrazada dulcemente junto a sí. Habían pasado horas o minutos, ¡quién sabe!, pero habíamos durado en silencio un tiempo durante el cual supe lo que era ser feliz. Escuché de nuevo la voz profunda de Alfonso.

—Todo eso que crees que te falta y que no tendrás nunca, ¡yo voy a proporcionártelo!

Me apreté más contra él y cerré los ojos con fuerza.

—No, Alfonso, por favor, por favor, ¡no digas eso! —supliqué—. Lo más que puedes darme ya lo tengo: tranquilidad, fe en mí misma y un aliciente para vivir.

—Pues aún voy a darte algo más. Escúchame, amor mío. ¡Yo no soy solo! Hay algo en mi vida que no creí compartir jamás y que hoy comprendo que eres tú la única con quien puedo hacerlo. Si no fueras tú, si fuera otra persona a la que se lo ofreciera, seguramente lo sentiría como una desgracia, lo vería como una cruz o lo juzgaría como una injusticia de la vida. Ahora comprendo que era a ti, precisamente a ti, a quien él y yo esperábamos. Patricia, ¡yo tengo un hijo! No es un hijo como cualquier otro. Si lo aceptas, tendrás que ser la madre más amorosa, más comprensiva y más paciente que haya existido jamás, porque, ¿sabes?, Patricia, mi hijo está enfermo, más del alma que del cuerpo. Eres la única persona que va a saber esto y eres la única que podrá comprenderlo. Ahora sé que Dios, en su infinita sabiduría, supo que tú y yo debíamos reunirnos para el bien de todos, que la única manera de ser felices los tres, era estar juntos. Piensa bien lo que voy a decirte y decide lo que sea, sin apasionamiento.



Por circunstancias que algún día te platicaré, tuve necesidad de dejar a mi hijito, recién nacido y huérfano ya, en manos extrañas, pues su madre murió al darlo a luz y yo no tenía parientes a quien confiarlo. Me ausenté con el fin de luchar por él y para él, y darle todo aquello de lo que nosotros habíamos carecido hasta entonces y que fue la causa, indirecta, de que quedara huérfano. Mi amargura y lo inesperado de la situación me hicieron alejarme de él sin tomar siquiera la precaución de registrarlo como hijo mío. Ya tendré oportunidad de platicarte detalladamente todas las amarguras y privaciones que pasé para hacer una fortuna, volver junto a él y darle todo lo que yo había deseado. Los años se me hicieron inmensamente largos en mi ansia de tenerlo cerca de mi corazón, de oír latir el suyo tan pequeño al lado del mío que había sufrido tanto. Con toda regularidad enviaba remesas de dinero para cubrir sus necesidades, y aun para darle lujos. Cuando por fin tuve lo que consideré suficiente para hacerlo feliz, volví sin avisar para darles esa sorpresa. ¡No te podría describir la amargura, la indignación y el abatimiento de la sorpresa que recibí! Ni vivían en el lugar adonde les enviaba el dinero ni nadie sabía darme razón de ellos. Los primeros gastos de aquella fortuna que había amasado con tanto sufrimiento fueron para saber dónde se encontraba mi hijo. Mucho creí haber llorado cuando ella murió, cuando hora tras hora vivía deseando volver a ver a aquel hijo mío, pero me esperaba lo peor de todo. Cuando logré dar con él, me encontré con que, en los arrabales de nuestra ciudad, en una choza miserable, hecha de hojalata, piedras y pedazos de madera, vivían aquellos miserables malgastando lo que con tanto trabajo había ganado y que ellos empleaban para satisfacer sus vicios. Mi hijo, aquel pedacito de mí mismo, había sido mutilado para inspirar más compasión y completar, con las limosnas que le daban, lo necesario para sus degeneraciones y vicios. ¿Tú has visto, amor mío, a esos niños harapientos y desvalidos que durante incontables noches hemos recogido? ¡Mi hijo era uno de ellos, mi hijo dormía en las puertas de

los comercios esperando encontrar algo a la mañana siguiente, entre la basura, para poder comer! Mi hijo cargaba bultos, mi hijo —arrastrando torpemente la pierna que le habían inutilizado y en medio de tormentos y golpes—, vendía periódico, billetes de lotería; aquel hijo mío por el que daría la propia vida, tenía también vicios. Sabía, a sus escasos siete años, lo que era fumar mariguana, tomar copas, y veía como cosa natural que dos personas conviviesen frente a él, en una vida completamente amoral. ¡Y no hubo quién le tendiera la mano, quién lo recogiera en una noche de frío para llevarlo a dormir a un lugar tibio y acogedor; no hubo quién lo ayudara compasivo y lo retuviese junto a sí dándole aquello a lo que tenía derecho! ¡No puedo decirte lo que pensé hacer! No acabaría nunca. Mi odio contra el mundo, contra aquellos miserables que lo explotaron, contra la vida misma, fue inmenso, pero luego comprendí que con eso nada ganaba; que mi hijo necesitaba una reparación completa del mal que, involuntariamente, yo mismo le había causado. Fue entonces cuando aprendí y conocí por lo que pasa la niñez desvalida de México, todo lo que se explota a esos niños; la miseria que los envuelve.

No podía llevármelo, porque no tenía forma legal de demostrar que era mío. Sabía que lucharían contra mí para no dármele, y que me explotarían años y años si sabían de la fortuna que poseía. Pensé detenidamente lo que debía hacer y me lo llevé una noche, de esas que tú ya conoces. . . Lo encontré bajo el quicio de una puerta, aterido de frío, enfermo, hambriento, cubierto de parásitos y de suciedad. Al estrecharlo contra mí, sentí todo el horror de su hambre y de su miseria, y me sentí inmensamente culpable. ¡Y me lo llevé prometiéndome a mí mismo con firmeza hacer algo, por pequeño que fuera, por todos aquellos que aún quedaban desamparados! Tres años han pasado desde entonces, tres años terribles en los que he luchado por hacerlo conocer la vida que debió haber tenido desde un principio. Pero no es un trabajo fácil, amor mío. Siete años son demasiados en una vida como la que él vivió para borrarlos en forma rápida. Ha sido una labor

de paciencia y de infinito amor, pero no ha sido suficiente, Patricia. Él necesita algo que yo, con toda mi ternura y con mi infinito amor hacia él, no podré darle nunca: la ternura propia de una madre. No es un gran don físicamente hablando, pero quiero que lo aceptes, Patricia. ¿Quieres venir conmigo? ¿Quieres ser mi esposa y aceptar que mi hijo pueda llamarte algún día mamá?

## EPÍLOGO

Han pasado algunos años. Quisiera relatar lo que en ellos hubo para mí, contar cómo un buen día me di cuenta de que Luma ha-bía huido de mi vida; describir la satisfacción con que he visto aumentar poco a poco el interés de cientos y miles de personas por esa niñez desvalida de México que tiene tan poco y tanto ne-cesita; decir cómo he visto crecer a mi derredor alegrías, ilusiones y ambiciones donde no había más que miseria y soledad, y tal vez lo haré, pero no en este momento en que escucho una voz apremiante y dulce que me reclama con energía: "¿Dónde estás? ¡Ven pronto, mamá!"

## NOTA COMPLEMENTARIA

Me permito hacer constar que lo escrito en este libro no es precisamente una novela, sino que ha sido tomado de la vida real. Por su-puesto, el nombre verdadero de los protagonistas no se pone por lo delicado del tema y respetando su personalidad, pero existieron.

Además, el final de esta historia (por deseo de los involucrados),

se alteró un poco, ya que no fundaron precisamente un servicio de atención infantil. En realidad, hicieron el contacto correspondiente con autoridades de alto rango para entregar un fabuloso donativo, solicitando que se considerara anónimo y se usara en servicio de los niños de la calle.

Así fue como se fundó lo que originalmente se llamó Instituto Nacional de Protección Infantil (INPI), que posteriormente se transformó en Instituto Mexicano de Asistencia a la Niñez (IMAN) y, por último, existe como Dirección de Protección Infantil y Familiar (DIF). Este servicio se presta en forma bastante eficiente, pero dada la sobrepoblación actual en el Distrito Federal y zonas aledañas, los niños de la calle se han convertido en familias de la calle y suceden cosas tan tristes como encontrar niños recién nacidos de padres que apenas han llegado a la adolescencia.

Espero que conocer la buena voluntad del servicio humanitario de esta pareja —a la que tuve el honor de conocer personalmente— sea ejemplo de lo que se podría hacer por niños en desgracia y que son el futuro de nuestro país.